

El Ruedo

FUNDADOR MANUEL FERNANDEZ CUESTA



2
Pias.



DIESTROS DE ANTAÑO
Ricardo Torres, Bombita



FIGURAS DEL TOREO

Rafael el Gallo, en sus años de actuación profesional, junto a Emilio Torres, Bombita, a quien brinda la muerte del toro

AYER Y HOY

EL PETO. "Ni lo de ayer... ni lo de hoy...;
en el término medio..."



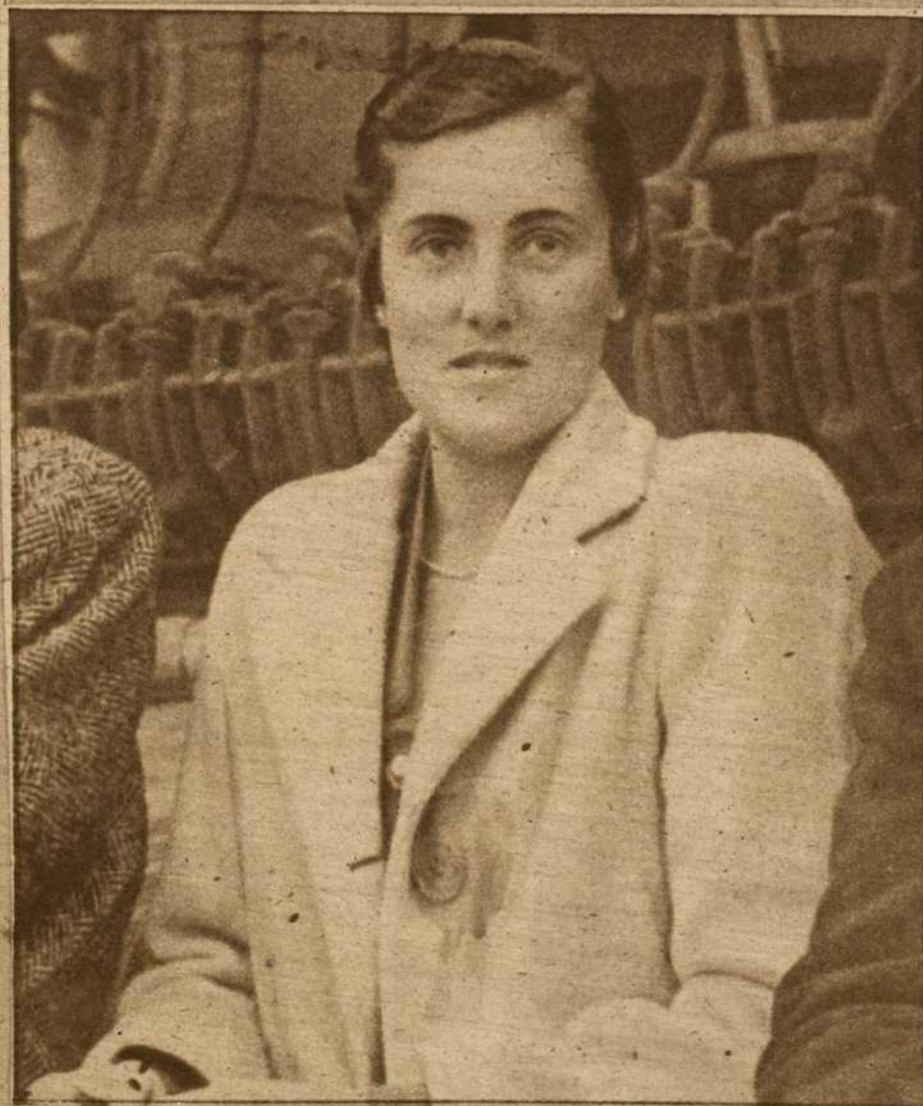
ANTONIO CASERO #



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año II -- Madrid, 13 de diciembre de 1945 -- Núm. 77



CONCHITA CINTRON EN EL FESTIVAL DEL DOMINGO EN LA MAES
TRANZA.— La gentil rejoneadora, espectadora de calidad, presen-
cia el festival celebrado en Sevilla en honor del barrio de Triana
(Fotos Aernas) (Información gráfica en la página 11)

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



A ningún buen aficionado sorprenderían las noticias llegadas de Méjico sobre la presentación de Manolete en El Toreo. Ni siquiera la cogida, calificada de grave en los primeros despachos. El arte y el pundonor del cordobés son así, y su primera página en aquella tierra, difícil para el triunfo, tenía que quedar escrito como ha quedado: sin tacha.

Hace días, un gran aficionado a la fiesta y devoto admirador de Manolete, don Antonio Castro, nos dió a leer una carta recibida de Méjico, escrita para él por un hermano de Carlos Arruza. Castro estaba alar-

mado porque el hermano del famoso diestro mejicano venía a decirle: «Tú sabes cuánto admiro a Manolo y cuál es el absoluto convencimiento que tengo de su arte único, incomparable. Pero temo a la excesiva expectación despertada. Se pagan las entradas a precios fabulosos y se cruzan apuestas que llegan a diez mil pesos. ¿Qué es lo que este público espera de Manolete? Le exigirán tanto, que acaso le sea humanamente imposible realizarlo. Y entonces...»

El hermano de Carlos, lleno, como éste, de amor a España y a las cosas de España, terminaba diciendo: «Pido con todo mi corazón a Dios que tenga suerte, ¡ mucha suerte!».

¿Es que Manolete ha tenido suerte, mucha suerte? No; la única suerte que ha tenido es que la cornada, recibida al lancear a la verónica a su segundo toro, no haya sido grave. Lo demás fué lo que tenía que ser. Quienes hayan visto a Manolete más de una vez y sean capaces de despojarse de prejuicios e influencias extrañas, pensarán lo mismo. El cordobés es, quieran o no sus más recalcitrantes enemigos, una figura señera e inmovible en la historia del toreo. Este refrendo de la afición mejicana, puesta en pie desde el primer lance a la verónica, totalmente rendida a su arte impar, es una lección para quienes le regatean méritos e incluso se los niegan. Que muerdan el polvo de su rencorosa amargura si no quieren proclamar el triunfo de Manolete, que es, en fin de cuentas, el triunfo del toro español.

Ahora hace un año que se rindió a Manolete un homenaje que tampoco había tenido precedente en lo taurino. Plumas con sagradas y verbos ilustres cantaron su arte, insuperado hasta hoy, aunque las columnas de Hércules, rotas para siempre, hagan posible la superación. Acaso venga un día —nosotros seríamos los primeros en proclamarlo y en congratularnos—; pero a la hora presente no ha venido, y está ya escrito: Manolete, el diestro de Córdoba, enmendó y mejoró a cuantos le precedieron en el arte de Montes y Costillares.

Que vengan otros a enmendarle a él. Si es que pueden. Hoy, nosotros, nos consideramos satisfechos con hacernos eco de su triunfal presentación... ¡ en Méjico!

EL PESO DE LOS TOROS

¿A qué se debe el que no se aplique rigurosamente el artículo 27 del Reglamento?

El aficionado sigue haciendo sus cálculos. Y nadie quiere olvidar el tema más palpitante de la fiesta: el toro. Nosotros habíamos prometido seguir ocupándonos de tan importante factor, recogiendo las opiniones más autorizadas. Hoy viene a nuestras columnas un gran aficionado. Don Miguel Toledano López, profesor de Veterinaria. Además el señor Toledano es el decano de los veterinarios adscritos al servicio del reconocimiento de las reses que se lidian en la Plaza de las Ventas. Muchos años —desde el 24— al frente de este servicio y una labor callada que si recordamos hoy, es para justificar las importantes declaraciones que muy amablemente nos hizo para EL RUCDO.

El señor Toledano me dijo:

—Puede usted preguntarme cuanto quiera. Abordé resueltamente el tema.

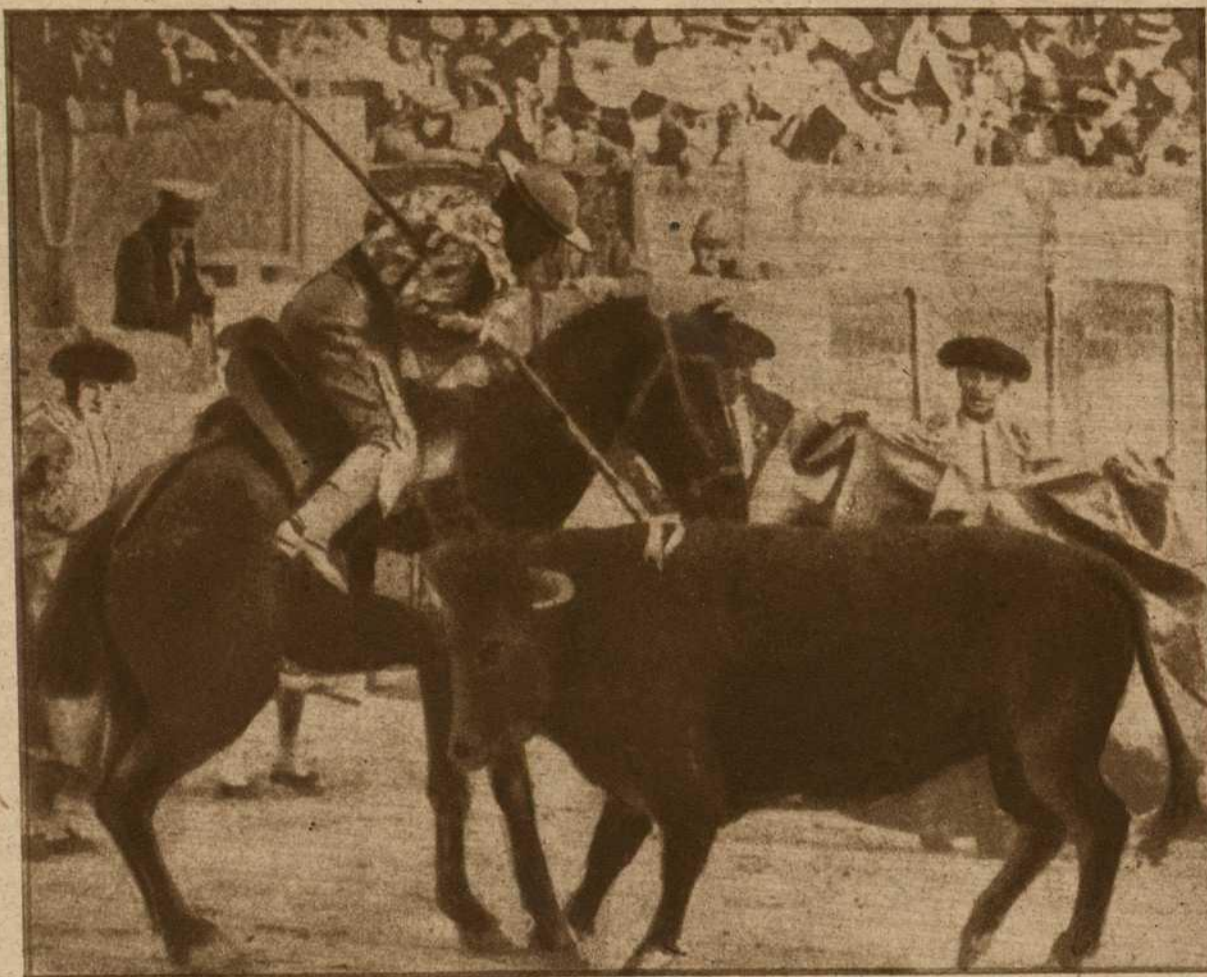
—¿Quiere decirme, señor Toledano, a qué se debe el no interpretar fielmente el artículo 27 del Reglamento acerca del peso de los toros que deben lidiarse?

—El no interpretarse o no aplicarse exactamente el artículo 27 del Reglamento oficial vigente, que asigna un peso mínimo de 470 kilos para los toros lidiados en Plazas de primera categoría, es debido a la insistente y continuada falta de piensos, que no les permitan alimentar las reses debidamente para que adquirieran el señalado peso reglamentario. Ante esta justificada contingencia, se acordó un límite menor en el peso de las reses de lidia, que, según Orden del Ministerio de la Gobernación de fecha de 28 de abril de 1943, se fijaba en 423 kilos para las Plazas de primera categoría, como Madrid.

Es de suponer que tan pronto como desaparezcan las circunstancias anormales se restablezca en todo su vigor el aludido artículo.

—¿Debe solicitarse el máximo rigor en la función del veterinario?

—Para rehabilitar el prestigio de nuestra fiesta, todos deseamos que las circunstancias difíciles desaparezcan, a fin de que los criadores de reses bravas puedan disponer de los piensos necesarios para criar y mejorar sus toros. Entonces habrá llegado el momento de que la autoridad restablezca la vigen-

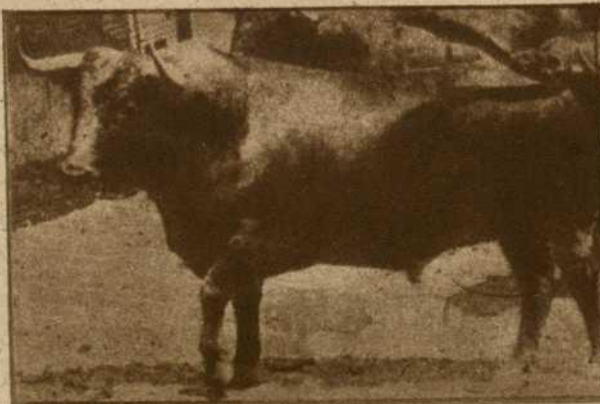


Una magnífica vara en aquellos tiempos en los que los toros empujaban y los caballos no llevaban peto

cia y la aplicación estricta de los pertinentes artículos reglamentarios, en cuyo cumplimiento debe exigirse el máximo rigor, de Empresas a ganaderos y veterinarios, exigiéndoseles la máxima responsabilidad en el cometido de sus funciones.

—Y la misión del veterinario, ¿cuál es?

—Los veterinarios encargados del reconocimiento de las reses bravas —y de los caballos utilizados en la lidia— en las corridas de becerros, novillos y toros, son designados y nombrados en Madrid por el excelentísimo señor director general de Seguridad, y en unión del presidente de la corrida y del delegado de la Autoridad, practican un primer reconocimiento en la tarde anterior al día de la corrida y otro segundo examen la mañana del



Ejemplar de toro con el peso reglamentario, y de los que apenas si quedan fotografías

mismo día en que se celebre el festejo. Estos reconocimientos facultativos tienen una doble finalidad zootécnica y sanitaria, mediante la que se investiga la calidad inherente a la conveniente presentación de las reses para que acusen el tipo étnico y zootécnico que se exige para la lidia y a la vez que se encuentre en perfecto estado sanitario y fisiológico, sin enfermedades o lesiones que aminoren su pujanza o vigor físico.

—¿No cree usted que procede una rectificación en el artículo que reglamenta el límite de edad en las reses?

—Con referencia a la edad de las reses de lidia, se observan ciertamente algunas anomalías en los límites que señalan esos artículos. Por efecto del amplio margen señalado y de la tolerancia y elasticidad

del Reglamento, ocurre el caso frecuente de lidiarse reses de más edad en las novilladas que en las corridas de toros. Todo podría evitarse estableciendo la siguiente escala: uno a dos años para los becerros; tres años cumplidos para las novilladas sin picadores; cuatro a cinco para con caballos, y cinco a siete años para las corridas de toros. Debê tenerse en cuenta que el cómputo de la edad en las reses de lidia no puede establecerse como en el ganado vacuno ordinario, mediante los signos dentarios actuales deducidos del examen de los dientes, es decir, mediante la fórmula dentaria recogida en el momento de la inspección, pues tratándose de razas preoces y mejoradas zootécnicamente, siempre resulta adelantada la erupción o salida de los dientes permanentes, por lo que una res que acuse los signos dentarios correspondientes a los cinco años, solamente tiene cuatro y algunos meses, llegando a los cinco cuando se verifica el rasamiento de las pinzas...

Estas son las importantes declaraciones del señor Toledano. Otro día volveremos sobre el tema, porque al margen de este trabajo quedaron otros puntos interesantes.

De momento quedan apuntados muchos puntos importantes que el aficionado discutía con entusiasmo.

DON ISTA

Hacia el abaratamiento de la FIESTA NACIONAL

Don CARLOS GOMEZ DE VELASCO no cree posible la disminución de precios para la próxima temporada



Don Carlos Gómez de Velasco

SE ha dicho que es firme el propósito de muchos empresarios de lograr, como quiera que sea, un apreciable abaratamiento en el precio de las localidades de los espectáculos taurinos, y hasta se ha asegurado que los gerentes de las principales Plazas de Toros de España se han reunido y han acordado no pagar más de cincuenta mil pesetas por seis toros, por muy acreditada que sea la divisa que luzcan los astados. La cosa es preciosa; pero ¿se logrará?

Para conocer las posibilidades que hay de que el proyecto pueda llegar a convertirse en realidad, hemos visitado al aytr representante de la Empresa de Madrid, hoy apoderado de toreros, y, hoy como ayer, hombre afable y caballero siempre, dispuesto al diálogo amical. Por teléfono le anunciamos nuestra visita. Nos rogó que fuésemos a verle lo antes posible, porque al día siguiente se iba al campo a cazar. No crea el lector que don Carlos Gómez de Velasco mataba a tierras murcianas con el propósito de dar cuenta de esas bandadas de estorninos que, según dicen los periódicos, han caído sobre los olivares murcianos para llevarse de estraperlo la aceituna, no. Don Carlos va de caza mayor a los montes de Toledo. Bien provisto de armas y municiones y con una zozobra digna de tal cazador.

Pero antes de emprender su viaje, don Carlos Gómez de Velasco no ha tenido inconveniente en hacernos conocer su opinión sobre el tema de la rebaja de precios en la próxima temporada.

Y el actual apoderado de Lorenzo Garza, dice que cree muy difícil que los empresarios consigan lo que se proponen. Si los ganaderos piden una cantidad por sus toros y las Empresas no están dispuestas a pagarla, éstas han de renunciar a dar espectáculos. Y si se olvidan a dar corridas con toros de ganaderías no acreditadas, naturalmente, no querrán torrear las primeras figuras, y en tal caso es muy aventurado dar las corridas.

Queremos averiguar la causa del encarecimiento que ha sufrido el espectáculo.

El señor Gómez de Velasco se refiere en su conversación concretamente a lo que sucede en Madrid. Entiende que es difícilísimo convencer a los ganaderos para que envíen corridas a Madrid, porque en provincias pagan lo que se pide y se lidia todo lo que envían. En Madrid se rechazan muchas reses que en Plazas de la misma categoría pasan por bien presentadas. Para traer a la primera Plaza del mundo una corrida pasable han de dar mucho pienso al

Cree que en 1946 se celebrarán menos corridas de toros y más novilladas que en 1945

Los festejos benéficos, causa primera del encarecimiento del espectáculo en Madrid

ganado, y esto es siempre caro. Mucho más o menos, resulta más barato queubar el ganado a pienso. La Empresa de Madrid tiene desde la temporada pasada media docena de corridas de toros, por cada una de las cuales pagó quince mil duros. Estas corridas saldrán, cuando se lidien, a un precio alto en extremo. Por lo menos, cada seis toros costarán a la Empresa diez mil pesetas más, y bien sea comprando toros con tiempo para engordarlos o exigiendo de los ganaderos que los traigan a Madrid con el peso necesario, cada corrida costaría a la Empresa de la capital de España diez mil pesetas más que otra cualquiera, y como en Madrid se dan, por término medio, cincuenta festejos, entre corridas de toros y novilladas, resulta que sólo en ganado esta Empresa gastará medio millón de pesetas más que en cualquier otra Plaza que dé las mismas corridas.

Luego nos dice don Carlos Gómez de Velasco que buena parte de culpa en el encarecimiento del espectáculo taurino en Madrid la tiene la Empresa, que no sabe negar el ruedo a entidades benéficas cuando se lo piden. Y aclara que la Empresa consiente la celebración de tales corridas en los primeros meses de la temporada, antes que hayan actuado toreros de primera fila. Las entidades que organizan esas corridas fijan a las localidades precios muy altos. Esto les permite pagar cantidades casi astronómicas a los ganaderos, y, en consecuencia, las primeras figuras, que también cobran altísimos numéricos, prefieren torear estas corridas a las que organiza la Empresa, que, por otro lado, ha de ceder a las entidades organizadoras, en muchos casos, el ganado mejor de que dispone. Salva el señor Gómez de Velasco a la Asociación de la Prensa, que siempre organiza su corrida después de dadas por la Empresa las primeras corridas de la temporada y que, además, hace una gran propaganda de los toreros que actúan en el espectáculo por ella organizado, cosa siempre ventajosa para los empresarios que contratan después a tales diestros.

Para evitar este grave daño sería preciso que en Junta general se acordase ordenar al Consejo la no cesión de la Plaza a ninguna entidad que contratase ganado o espadas que se hubieran negado a tomar parte en corridas organizadas por la Empresa y el que esos festejos taurinos se tuviesen que celebrar después del mes de junio.

Sigue diciéndonos el señor Gómez de Velasco que entiende que la celebración de festejos benéficos es la causa primera y principal del encarecimiento del espectáculo taurino en Madrid. A las primeras figuras no les interesa torear en las funciones organizadas por la Empresa. Esto lo saben los matadores de categoría inferior inmediata, y por torear en Madrid piden el doble o más que por hacerlo, en cualquier otra parte. Saben que si ellos no actúan, los carteles han de ser flojos, y no desaprovechan la ocasión. Los toreros se juegan la vida, y es natural que procuren sacar el mayor provecho económico posible.

Recuerda a continuación que en tiempo de Joselito y Belmonte, éstos cobraban ocho mil pesetas por corrida ordinaria y nueve mil por cada extraordinaria, y que se pagaban por seis toros catorce mil. Entonces con un lleno, se ganaban de diez a doce mil duros. Ahora el ganado cuesta quince mil duros, las primeras figuras cobran ciento veinticinco mil,

y las segundas, sesenta mil. Si ahora se ganase, proporcionalmente, lo que en tiempo de Joselito y Belmonte, cada lleno dejaría libres unas trescientas mil pesetas; pero como las primeras figuras no quieren torear más que en corridas benéficas, sucede que si se dejan de vender en una corrida tres o cuatro mil entradas, se puede llegar a perder.

Y termina nuestro amigo diciéndonos que no cree posible la rebaja de precios para la próxima temporada; que está casi convencido de que en 1946 se darán menos corridas de toros, y que se notará la escasez de ganado, determinada por las muchas bajas que la escasez de pastos ha producido la terrible sequía que ha padecido el campo.

Luego nos da noticia de que Alvarez Pelayo ha marchado a América y de los proyectos de Lorenzo Garza, quien, después de torear algunas corridas en Plazas de los Estados de Méjico, cuando se haya adiestrado lo suficiente, emprenderá su viaje a España, posiblemente, para el mes de marzo.

Desearnos a don Carlos Gómez de Velasco una fructifera cacería. Un apretón de manos y un adiós a su escopeta, que es digna de una primera figura.

Y la conversación toma otros derroteros distintos.

Nos apartamos ya de lo que puede considerarse labor del cronista y damos por terminada la charla.



Facsimil de una entrada de barrera de sombra de la corrida de Beneficencia del año 1909. El importe, como puede verse, es de veinticinco pesetas.



Una localidad más inferior, también de la corrida de Beneficencia del año 1945, cuyo precio es de 250 pesetas, más el donativo del 100 por 100.

NUESTRA CONTRAPORTADA

José García, Algabeño



JOSÉ García nació en La Algaba (Sevilla) el 21 de septiembre de 1875. Sus padres eran labradores acomodados y procuraron a su hijo una esmerada educación. Lo enviaron a Córdoba, para que estudiara la carrera de Veterinaria; pero reveses de índole económica obligaron a José a abandonar sus estudios, y, vuelto a La Algaba, ayudó a su padre en sus faenas y negocios. Frecuentemente se veía obligado a ir a Sevilla, y vio allí matar a Mazzantini. Creyó que él podía ejecutar a la perfección aquella suerte y, decidido a probar fortuna, se adiestró en los cerrados de José Vázquez y mató luego el toro de muerte de Brenes y de La Algaba. En su pueblo lo hizo a la perfección y tuvo José García la suerte de que lo viera actuar el aficionado sevillano señor Mata, que fué después su apoderado, el cual organizó una novillada en Sevilla para presentar al Algabeño. Se celebró la novillada el 9 de diciembre de 1894. Con José García alternaron Francisco Carrillo y Miguel Fernández (El Boticario), en la lidia

de seis reses de Miura. Su éxito fué tal que toreó dos corridas más en la misma Plaza, durante el mismo mes. Revelación tan rápida como la del Algabeño en Sevilla, sólo tenía precedente en la del Espartaco, desaparecido trágicamente en el mismo año de 1894.

El 10 de marzo de 1895 hizo su presentación en Madrid, lidiando novillos de Sallito, con Francisco Piñero (Gavira). La temporada de 1895 fué la única que actuó como novillero, y a base del Algabeño, Villita y García Padilla se dieron muchas corridas en la Plaza de Madrid, en cuyo ruedo toreó José García diez novilladas.

El 22 de septiembre de dicho año, Fernando el Gallo le dió la alternativa, en Madrid, al cederle la muerte del toro Pasajero, negro, bragado, de la ganadería del duque de Veragua. Actuó de segundo espada Emilio Torres (Bombita). En esta temporada toreó 11 corridas y mató 27 toros; 1896, 46 corridas y 117 toros; 1897, 41 corridas y 107 toros; 1898, 40 y 90; 1899, 52 y 128; 1900, 62 y 146; 1901, 42 y 99; 1902, 33 y 89; 1903, 44 y 103; 1904, 32 y 86; 1905, 27 y 58; 1906, 29 y 70; 1907, 15 y 32; 1908, 3 y 4; 1909, 19 y 50; 1910, 9 y 22; 1911, 5 y 13, y 1912, 5 y 13. Fué, pues, durante diecisiete años, matador de toros. Tomó parte en 518 corridas y mató 1.261 reses. Entre las temporadas de 1903 a 1904 fué a Méjico. Toreó por última vez en Pontevedra, el 11 de agosto de 1912, matando toros de Peláez, con Chiquito de Begoña.

Sufrió el Algabeño no pocas cornadas graves. El 2 de junio de 1901, un toro del marqués de Villamarta le produjo, toreando en Algeciras, tan grave cornada en el cuello, que se telegrafió su muerte a Madrid, y hubo periódico que publicó una edición extraordinaria dando noticia de su cogida y fallecimiento. Cuando mejoró algo de este percance, decidió volver a los ruedos para cumplir los compromisos que tenía y no perjudicar así a los empresarios que le habían contratado. Los médicos creían que era una locura la decisión del Algabeño, y dispusieron que se preparasen unos bafones de oxígeno, que se dejaron en el callejón, para el caso de que José García los necesitara con urgencia, cosa que los médicos creían segura. Toreó el Algabeño como si estuviera en la plenitud de sus facultades físicas, dió un curso como estoqueador y siguió su campaña con los mismos arrostos de antes de su cogida.

El día 7 de octubre de 1900 toreaba en Barcelona, mano a mano, con Domingo del Campo (Dominguín), reses de Miura. El primer toro, Deserto, hirió de muerte a Dominguín. El Algabeño lidió y estoqueó supriormente todos los toros.

En los últimos años de su vida torera, José García alternaba el ejercicio de su profesión con el cuidado de su hacienda. Sólo su afición le hacía seguir actuando.

Ganó dinero a costa de muchas cornadas, y tuvo empeño, ya que había asegurado con su sangre y con su esfuerzo el porvenir de los suyos, en que ninguno de sus hijos se dedicara a la lidia de reses bravas. No lo logró.

José García vive, querido por todos los que se honran con su amistad, dedicado a cuidar su hacienda en tierras sevillanas.

BARICO

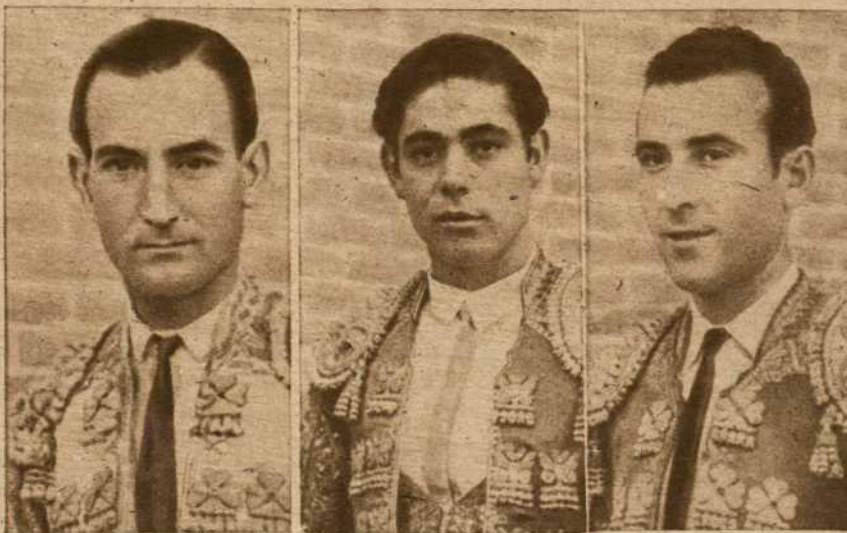
XEREZ-QUINA

EL APERTIVO
QUE TOMA
TODO
EL MUNDO

VALDESPINO
JEREZ

La novillada del sábado, en Madrid

Novillos de NICANOR VILLA para JUANITO MARTINEZ, CARDEÑO y PEPE RIPOLL



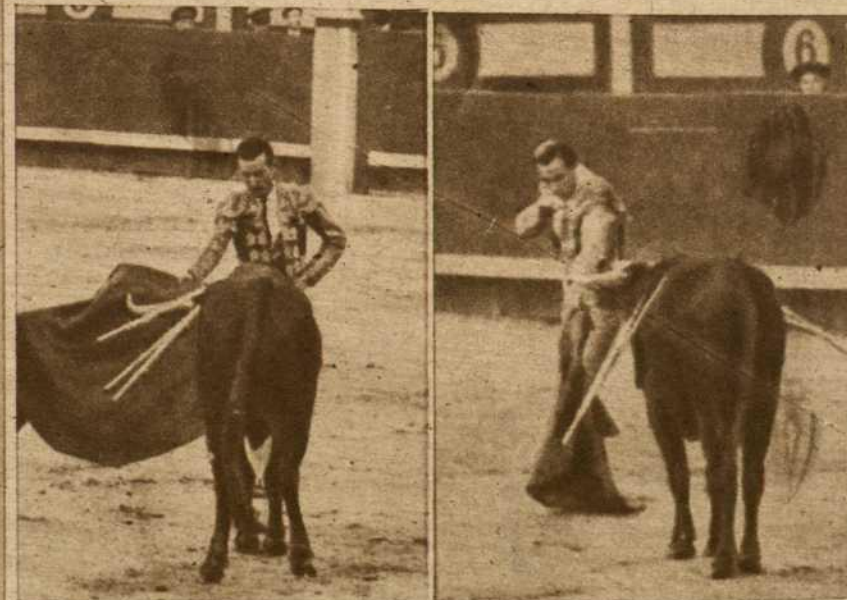
Juanito Martínez

Cardeno

Pepe Ripoll



Cardeno al iniciar un pase ayudado por alto en su faena de muleta



Pepe Ripoll cita con la muleta a su primer novillo (Fotos Baldomero)

Juanito Martínez perfilándose para entrar a matar

El profesor Walter Starkie, director en Madrid del Instituto Británico, es todo lo contrario de ese inglés seco y alto que explotan los autores españoles en sus comedias. Mister Starkie tiene una estatura más bien baja, aunque menos de lo que parece, porque engaña un poco su contorno, redondeado por muchos kilos. Dice el profesor, con ese simpático tono bromista frecuente en los británicos, que él no puede ser torero porque no cabe en el burladero. Y aun lo atestigua con una prueba gráfica incuestionable, obtenida un día en que estuvo en la finca de Domingo Ortega. Mister Starkie, ilustre profesor, que tanto ha estudiado y ha investigado sobre nuestra Patria, y que tanto sabe de toros, por más que quiera esconderse modestamente en capa de profano, llegó por primera vez a España allá por el año 1920. No alcanzó a ver a Joselito porque entonces aun no habíase metido en las profundidades de la fiesta, y andaba entre gitanos, observando a esta raza, que conoce como nadie; pero sí vió la cogida y muerte de Granero. También vió a Rodolfo Gaona. El torero mejicano fué uno de los que más le impresionaron por aquellos años.

El profesor Walter Starkie venía entonces de la Provenza, donde también hay un culto al toro, que se manifiesta de una manera distinta a la de aquí. En Provenza tuvo mucha amistad con el marqués de Baróncelli, que era «gitanófilo», como él, y que le ayudó mucho en sus estudios. Hasta le presentó a un indio, Felipe Bull Schild, que le sirvió a Starkie para deducir y establecer semejanzas entre la gitanería y la indiada. Naturalmente, en España, a mister Starkie le interesaron los toreros gitanos antes que los demás, y para él no ha habido ninguno como su amigo Curro Puya, aquel inmenso Gitanillo de Triana, a cuyo entierro asistió después de velar el cadáver en una noche llena de lágrimas morenas.

La verdad es que el profesor, antes de ver ninguna corrida de toros, tenía de la fiesta una concepción más bien lúgubre, que fué modificando al penetrar en el ambiente de Sevilla y de Madrid. De todos modos, para mister Starkie, los toros serán siempre un espectáculo serio, dramático, cuyo lado frívolo o ligero, si es que existe, no será jamás captado por él. Hasta vería con gusto la supresión de las corridas llamadas cómicas, esas charlotadas que desde su punto de vista son una estampa triste y cruel.

De los toros, al director del Instituto Británico le atrae cuanto tiene de tradicional, de rito, de raza. Las corridas producen un tipo —el torero—, que es definido y definitivo. Dentro de este tipo, con la personalidad más acusada, está el torero gitano, que tiene su estilo, como tiene estilo todo lo gitano. Albaicín, gitano y bronceado, es magnífico. Zuloaga, que también sabía algo de la raza calé, prefería los modelos gitanos: el propio Albaicín; su madre, Agustina...

Sin embargo, Walter Starkie ha sentido detenida su atención en muchos toreros. En Belmonte, por ejemplo. Que le pareció

CARAS EXTRANJERAS EN EL TENDIDO



El profesor Walter Starkie, director del Instituto Británico, nos dijo al entregarnos esta foto: «He aquí por qué yo no podría ser torero»...

**Para el profesor Walter Starkie
la caída del picador es como
el derribo de Don Quijote
Los toreros más interesantes son los gitanos**

extraordinario. Por su manera de dominar la emoción, por su concepto de torear, como ejecutando un baile ritual. Sí; cada torero tiene para el señor Starkie algo fundamental. Manolete —dice— posee esa severidad que es la de la Mezquita de Córdoba.



En la finca de Domingo Ortega, mister Starkie demostrando su falta de habilidad taurina y su abundancia de buen humor

—Soy amigo de Belmonte. Belmonte es un filósofo. Tiene ideas muy profundas sobre las cosas y sobre los hombres. Y un sentido del humor.

que a mí, irlandés, no puede pasarme inadvertido.

—Por lo que veo, ha tenido usted amistad con muchas figuras cumbres de la torería.

—Sí; con bastantes. Uno de ellos fué José Ignacio Sánchez Mejías. Yo estuve en el estreno de aquella obra teatral, a la que asistió un público muy distinguido vestido de etiqueta. Los toreros estaban bastante fastidiados con él entonces. No acababan de admitir que Sánchez Mejías se saliera de su ambiente y se transformara en intelectual. A Sidney Franklyn le conocí cuando estaba yo en los Estados Unidos. Franklyn es muy valiente, desde luego. Del inolvidable Manolo Bienvenida también fué amigo...

Ahora, mister Starkie me habla de lo distintas que son las corridas según las Plazas. Cada Plaza tiene su fisonomía. No es igual una corrida de Pascua en Sevilla, en aquel círculo pequeño, lleno de historia y de recuerdo, lleno también de gracia, que otra en Madrid, ruedo difícil, rodeado de catedráticos. Asimismo, la fiesta es diferente en una Plaza ruda, como la de Ronda, o en otra dura, como la de Zaragoza, donde él vió una corrida en el centenario de Goya y observó cuánto tardan en entregarse los espectadores.

En los pueblos se ven espectáculos impresionantes, en las Plazas improvisadas con carros. En Navalacán, cerca de Talavera, fué en el año 40 a ver una de estas capeas. El toro salió manso y tuvieron que comprar a toda prisa otro, que ya resultó bravo. Pero como el tiempo había pasado, la luna acabó

por presidir el festejo, que tuvo como nunca sus sombras trágicas, en un paisaje de aguafuerte.

—El caso es que mi primera impresión de espectador no fué muy favorable. Asistí en Madrid, donde me encontraba en viaje de bodas, a una novillada, que resultó muy mala. Mi mujer no pudo resistir el espectáculo de los caballos. A mí también me disgustó mucho. Tenga usted en cuenta que nosotros los británicos casi endiosamos al caballo. La caída del picador me entristeció. Me parecía algo así como el derribo de Don Quijote. Por eso, yo, personalmente, me quedé muy satisfecho cuando Primo de Rivera ordenó la obligatoriedad de los petos. De cualquier manera, la suerte de varas sigue siendo la que no quisiera ver.

Mister Starkie no acepta el encadenado de preguntas. Salta de una cuestión a otra conforme le van llegando al recuerdo, sin esperar el clásico disparo de la interrogación. Así, ahora nos lleva en el tren de su charla, hasta Pamplona.

—Las fiestas de Pamplona constituyen un cuadro fuerte, noble, rudo, salvaje. El encierro contrasta con el baile de la jota, y todo el conjunto tiene una reminiscencia de rito guerrero, como la tiene también el toro embolado que se corre todos los años en Medinaceli, por la noche, con antorchas en los cuernos... Algo fantástico...

**RICARDO
ARMENTALES**

«Que me entierren con espuelas
y el barboquejo en la cara.
Que nunca fué bien nacido
quien reniega de su casta.»

FERNANDO VILLALÓN

El semanario taurino *The kon Leche*, de grata recordación, dijo de mí a cuenta de los «Los semidioses», y comparando mi cara con el rostro rasurado de Eugenio Noel, que yo tenía más bigotes que una cesta de langostinos.

Y en efecto, desde que el bozo apuntó su pélusa debajo de mi nariz hasta casi medio siglo más tarde, mi mostacho imponente fué signo característico de mi persona en los escenarios de la vida y de la farsa.

Mas como los bigotes son autónomos y hacen cuando quieren, se desarrollan como les parece y se ponen blancos cuando les da la gana, aconteció que mi bigote aumentaba sensiblemente de volumen al socaire del tiempo y ello fué hasta el punto de constituirse en un bigote amenazador de carabiniere. Mis hijos, justamente alarmados, me pusieron en el trance de afeitarme o morir. Yo, entonces...

Cual hoja seca que arrebató el viento...

...zas!, me afeitó el bigote.

Yo creí sinceramente que al dar gusto a mi familia había tenido un lleno; pero mi estupor al darme a luz con una cara nueva no tuvo límites; sobre mi llovían lindezas como éstas:

—¿Qué ha hecho usted con su cara, hombre de Dios?

—¿Es usted cara?

—¿Es usted cómico?

—¿Es usted picador de toros?

—Este no es mi Juan, que me lo han cambiado; mi Juan tenía pelos, y éste está afeitao!

Y así por el estilo. Los hermanos Quintero, zumbones y chistosos, hicieron de mis bigotes un accesorio de sus vayas y puyas; Luis Mazzantini, concejal a la sazón, me llamó cara de algo demasiado concreto. Y Mariano Benlliure, el más implacable, me dijo muy serio:

—Has hecho muy mal, Federico, en descaracterizarte. El escultor, el dramaturgo, el artista, en fin, debe adoptar un tipo específico que lo distinga de los demás. Si yo me afeitara mis bigotazos y mis patillazas, ya no sería Mariano Benlliure.

Y tenía razón. Más tarde, en la peña teatral del antiguo Fornos, del tema de mis bigotes se pasó al de las barbas, y se convino por todos en que unas barbas bien administradas dan más autoridad y prestancia que los bigotes. Las barbas entonces más solemnes eran las de Urgoiti, don Antonio Maura y Valle Inclán. Y un parlamentario incisivo, célebre por sus interrupciones, se dejó decir:

—Yo creo que los tales deben su prestigio a las barbas, afeitelos usted, y va verá en lo que quedan.

A PUNTA DE CAPOTE

EL INDUMENTO DEL TORERO

yo le diría al lector que, por el contrario, no sólo es congruente con el tema, sino que lo ajusta como dedal en dedo. Los signos diferenciales en rostro y vestido nos revelan al hombre profesional. «El hábito no hace al monje», suele decirse, y se dice precisamente porque sí lo hace. Napoleón de paisano y con bigote es un Napoleón despersonalizado.

Y vámosal torpo. ¿Cuál es el indumento ritual del torero? Se me dirá que el *vestido de luses*, como dicen ellos. Pero eso es en la arena. ¿Y en la calle? Consideremos al torero como lo que es, como un hijo de la calle misma. ¿Y cuál es el traje del pueblo cuando cristalizó el torero bajo el cielo de España? El de abajo; así lo pintó Goya. ¿Y cuál es el otro traje popular que vistió el torero hasta los albores del

siglo xx? El llamado traje corto; así lo pintaron García Ramos, Villegas y Jiménez Aranda. El primer traje se caracteriza por la montera; el segundo, por el sombrero de queso, y el tercero, por el *ancho*. No necesito describirlos, lector, porque los llevas estereotipados en la conciencia.

Con ese atuendo el torero era torero en la arena, en su casa y en la calle. ¿Y ahora? Justamente al desaparecer la coleta —la coleta merece capítulo aparte—, el torero hace traición a su estirpe popular y se viste de señorito. No sólo se descaracteriza, sino que se desdibuja, se disminuye...

Y, sin embargo, el indumento del torero es modelador de la forma en toda su pureza estética. Es garboso y viril. Tan natural y tan español en el hombre como en la mujer la mantilla. Era la etiqueta del torero en el salón aristocrático y en el palco del Real Rodin, el inmenso escultor, quedó admirado en Córdoba y Sevilla —me contaba Mateo Inurria— y tomó apuntes de garrochistas y toreros ceñidos con el traje corto. Es posible, como quieren algunos, que el indumento resulte anacrónico en esta nuestra edad de la desintegración del átomo. El Planeta se achica demasiado y el color local se desvanece en la mancha gris del hombre *standard*. Pero es un dolor que desaparezca la indumentaria típica en las figuras señeras del pueblo.

En este punto la figura cumbre de Guerrita es la más admirable de todas por su modo de vivir y de morir. Fué tan fiel a sí mismo y tan amante de su Córdoba, que por doquiera que iba, más que un hombre iba Córdoba vestida de corto. Hijo de tierra de toreros natos, rudo y simplista, pero lógico, no transigió jamás con el torero aseñoritado. Sintiendo morir, no quiso tomar apariencias monacales; pidió, por el contrario, que le amortajaran con la verdad de su traje corto, molde definidor de su cuerpo y estuche de su alma. Con esta sencillez no desprovista de grandeza yace en la eternidad, ante su Creador, Rafael Guerra, Guerrita, carácter en bloque y torero hasta la última molécula de sus restos mortales.—FEDERICO OLIVER



«Guerrita fué tan fiel a sí mismo y tan amante de su Córdoba, que, por doquiera que iba, más que un hombre, iba Córdoba vestida de corto...

Esta salida es sin duda de pie de banco; pero *urgu hay de eso*, como Lagartijo opinó cuando le compararon con la mezquita de Córdoba.

—A mayor abundamiento, y para cerrar este preámbulo, quiero apuntar una opinión de Azorín que se refiere, no a motivos concretos del rostro o del indumento, sino a cosa tan abstracta como el nombre. Dice el pequeño filósofo, al discurrir sobre el mito de Don Juan, que si privásemos a éste del tratamiento consuetudinario quitándole el *don*, y le llamásemos simplemente Juan, Juan Tenorio vendría a quedar en nada.

Si el lector dijere que el torero y su indumento, tema enunciado, no tiene que ver con lo ya escrito



El torero de hoy —¡qué importa el nombre!— se pierde entre todos... Es uno más, y al ver su aspecto nadie puede pensar en su profesión.



Trincherá, sombrero flexible, guantes... La última moda. Con este atuendo no sólo se descaracteriza, sino que se desdibuja, se disminuye...

HABLAN LOS QUE FUERON FAMOSOS

SEGUN UNA ESTADISTICA DE SU TIEMPO, MARTIN AGÜERO MATABA DE UNA ESTOCADA EL NOVENTA POR CIENTO DE SUS TOROS

Al no exigir el aficionado la perfección de la suerte suprema, el matador actual no la concede mayor importancia—dijo el torero bilbaíno



Martín Agüero en la actualidad

MARTIN Agüero fué un torero valiente. Pero no uno de esos toreros valientes por naturaleza..., que, después de su valor, no tienen nada. Martín Agüero era valiente por convicción. Porque sabía que razón suprema es la decisión frente a cualquier momento de la vida. El torero bilbaíno disciplinaba su corazón, sin dejar correr su instinto libremente. Agüero era valiente cuando había que serlo..., cuando había que irse derecho tras la espada.

Así conquistó la fama y las dos orejas de oro ganadas—dos temporadas seguidas— en Madrid. Por su valor en el momento supremo de la fiesta.

Martín Agüero se nos fué muy pronto de los toros. Apenas había cumplido los veintinueve años, cuando un toro le apartaba para siempre de los ruedos.

Pero él ya tenía aprisionada su fama. Al aficionado le dejaba su historia de matador ejemplar, su sobrenombre de "El rey del volapié" y ese pasadoble que perdura, a través del tiempo, con renovada lozanía:

*Martín Agüero,
mejor torero;
cuando sale a la Plaza,
no tiene miedo...*

Ahora, Martín Agüero vive entre nosotros sus recuerdos. Aun no hace mucho, el ex matador bilbaíno nos decía:

—Yo no creo que la fiesta está tan mal como muchos dicen. Es más: creo sinceramente que como se torea ahora no se toreó nunca.

—Y matar, ¿se mataba mejor antes?

Martín Agüero eludió la pregunta. Tuve necesidad de insistir. Pero esta vez, en lugar de ir directamente a la pregunta, le dije:

—¿La suerte de matar es la más difícil?

—Sin duda alguna, es la más difícil.

—¿Y para usted también lo fué?

—Para mí, no...; para mí fué la más fácil.

—¿Qué condiciones se precisan para ser un buen estoqueador?

—Lo primero que hace falta es estar tranquilo frente a los toros. Luego entrar muy despacio, bajando siempre la mano izquierda, y, llevando la espada a la altura del corazón, seguir adelante, sin desviarse.

—Y matando, ¿qué suerte es la más difícil?

—Dicen que recibiendo.

—Usted fué un verdadero maestro del volapié, ¿no es cierto?

—Eso han dicho siempre. La verdad es que a mí me gustaba extraordinariamente el matar a volapié.

—Esta facultad ¿fué instintiva en usted?

—No. Yo aprendí a matar al volapié después de fijarme mucho en Fortuna.

—Para su ejecución perfecta, ¿qué se precisa?

—Marcar perfectamente sus tres tiempos.

—¿Se mata bien ahora?

—Ahora no se mata bien, porque el público no lo exige y el torero sabe que son muy pocos los que se fijan en ella. Estimo que si los públicos exigieran que esta suerte se practicase con más precisión, los matadores se preocuparían de matar mejor.

—Usted, ¿de cuántas estocadas mataba a sus toros?

—Por una estadística que se hizo en mis tiempos, he llegado a saber que maté de una estocada el noventa por ciento de mis toros.

—La estocada, ¿fué la base de su carrera torurina?

—Desde el primer momento lo comprendí así. Aunque he toreado toros muy bien, he procurado siempre irme derecho tras la espada.

—¿Cómo ganó usted las dos orejas de oro?

—La primera la conseguí toreando con Chicuelo, Valencia II y Villalta. Y la segunda, alternando con Villalta, Márquez y Félix Rodríguez. Pero todo ya está muy lejos, ¿no le parece?

—Y actualmente, ¿está alejado de la fiesta?

—Al contrario. Ya que no puedo torear, vivo mis aficiones cada día con mayor ilusión. En la actualidad soy apoderado de mi hermano político, el matador mejicano Fermín Rivera.

—El caso es no vivir lejos de la fiesta, ¿no es así, Martín?

El famoso matador de toros supura largamente.

—Ya que uno no puede torear...

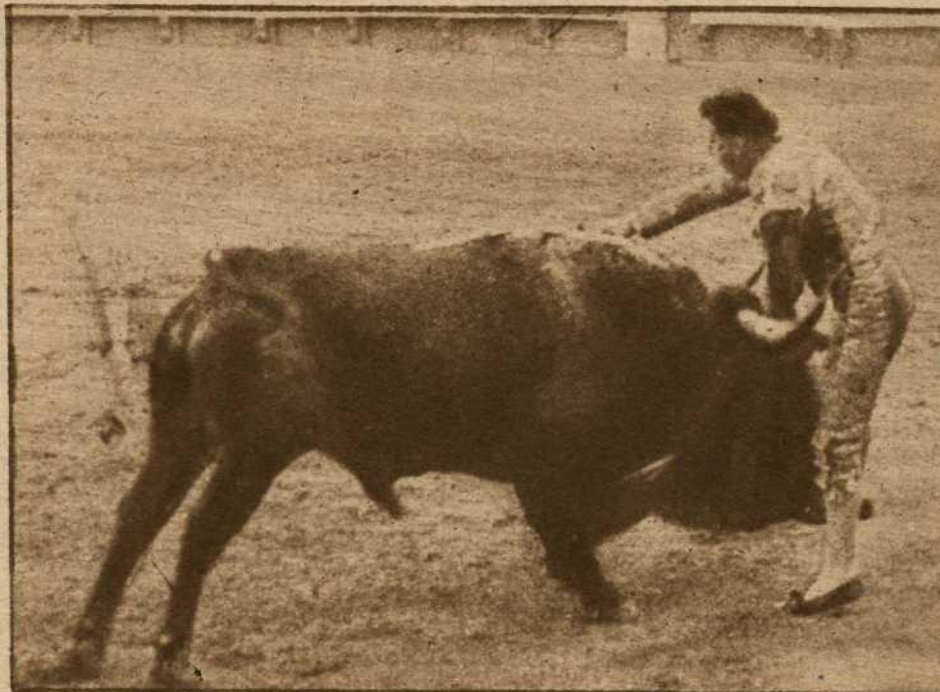
Martín Agüero dejó asomar a sus labios una sonrisa,

que era todo un poema, y que apenas si podía ocultar un mundo de recuerdos brillantes, que Martín Agüero, día a día, mima con cuidado. Algunas veces, la misma fiesta le devuelve a un plano de actualidad. Entonces Martín Agüero se escuda en su modestia.

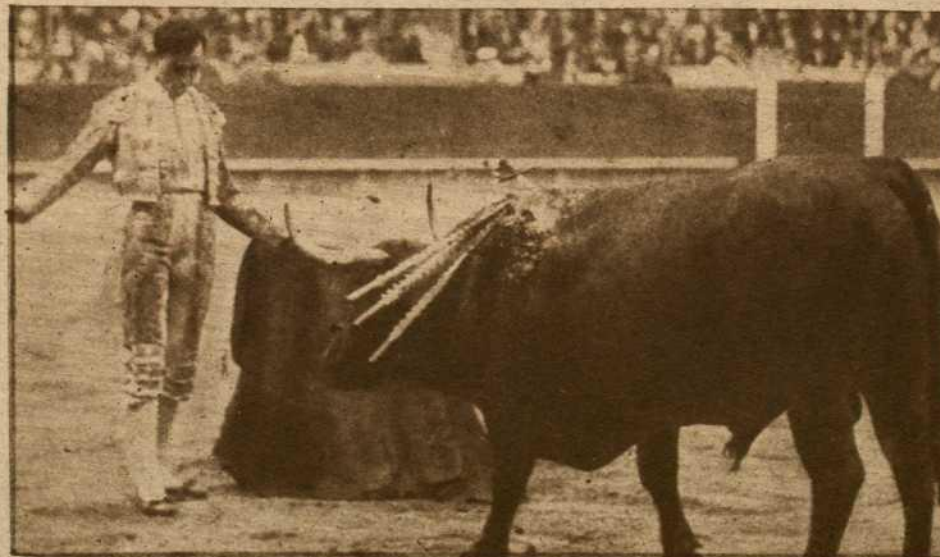
—Aquello, ya pasó. Ahora, todo aquello es puro recuerdo.

—Tardes de oro, de sol y de luces...; tardes de triunfo, Martín!

CRUZ ERNESTO FRANQUET



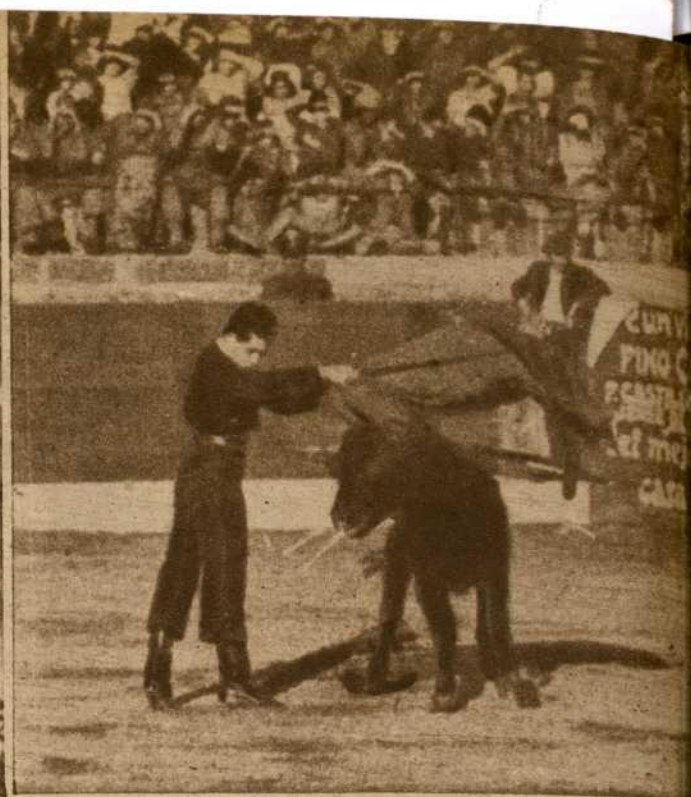
El rey del volapié cruza limpiamente y llega a los rubios en esta magnífica estocada



Martín ante un toro de los de entonces, después de colocarle el estoque en las mismas agujas

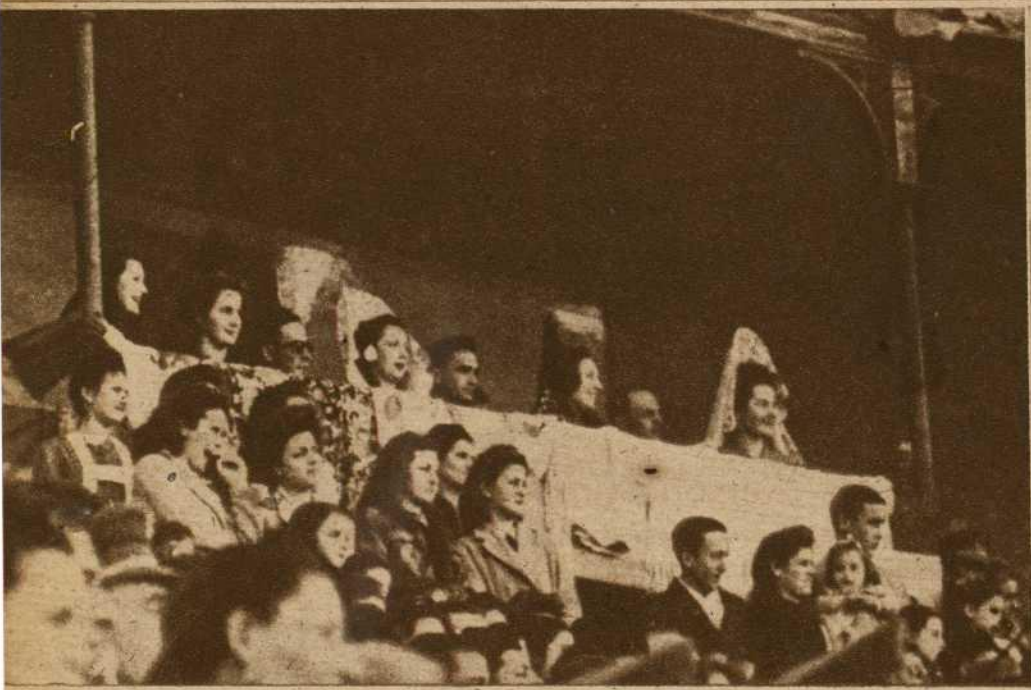


Vista general del cuartel de Plasencia, en donde se organizó el festival con motivo de las fiestas de la Patrona de Infantería



Rafael Llorente, que toreó en el festejo, en u. ayudado por alto

FESTEJO EN PLASENCIA PARA CONMEMORAR LA PATRONA DE INFANTERIA



Las señoritas de la localidad actuaron de presidentas. He aquí una foto del palco presidencial

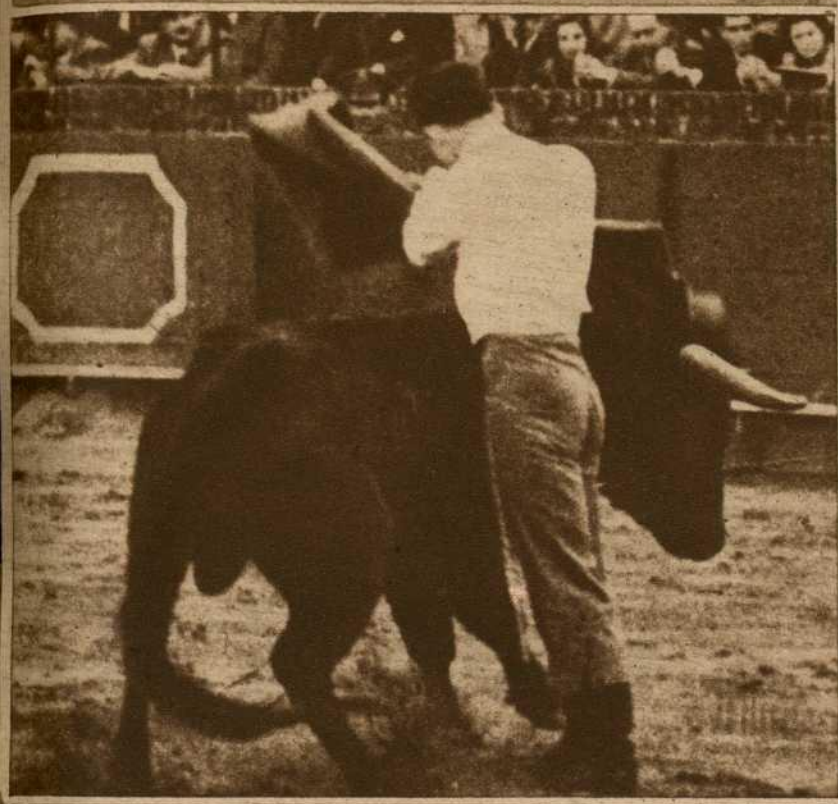
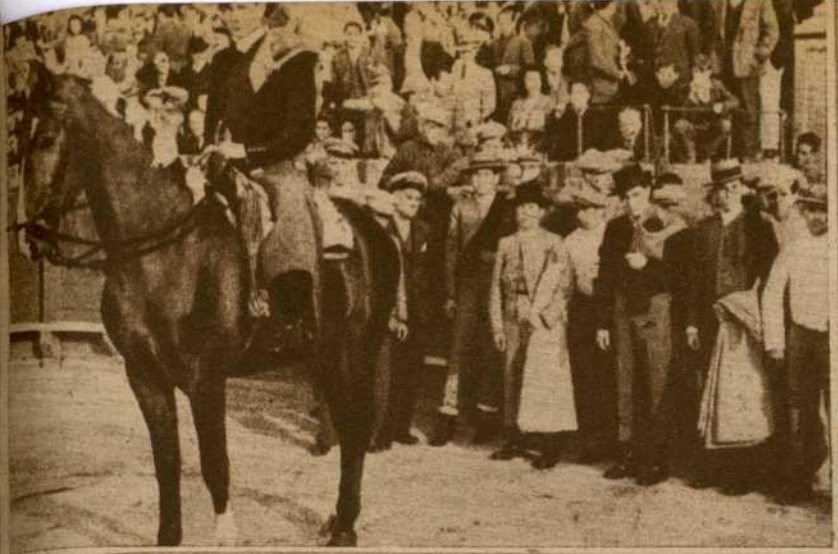
Jefes y oficiales, organizadores del festejo rodean a Llorente, único espada que tomó parte (Fotos Cano)



Hubo charlotada además de la intervención de Llorente. Aquí vemos a las cuadrillas con un digno alguacilillo al frente

Curro Cano, Paco Guerra, Rafael Llorente y Juan Ramos, apoderado de Rafael, en el patio del cuartel de Plasencia

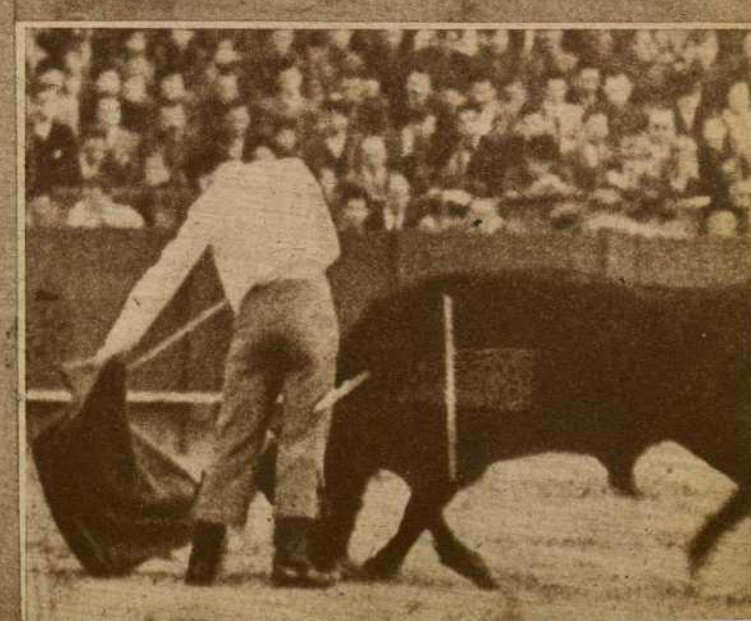
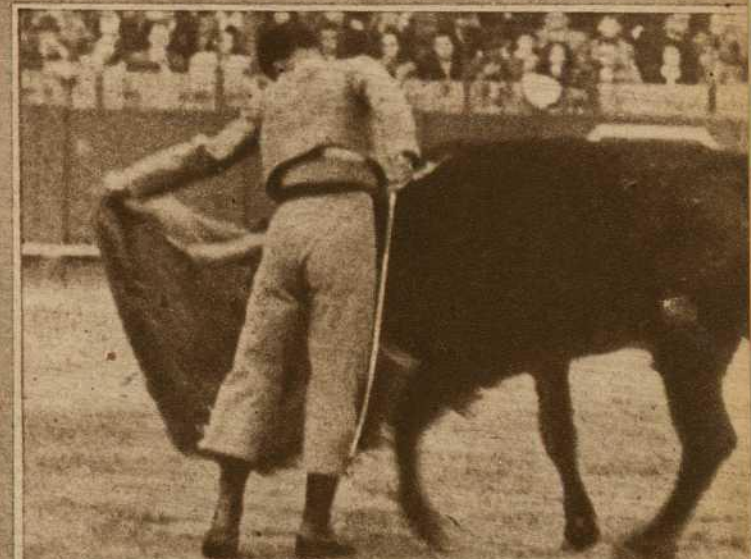
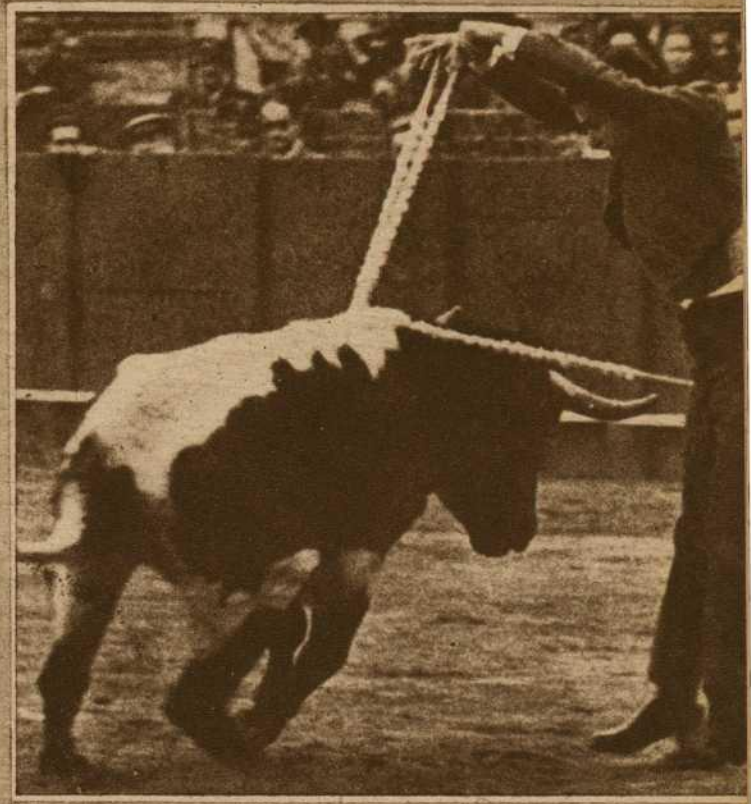




**Festival
en la
Maestranza
en honor
del barrio
de Triana**

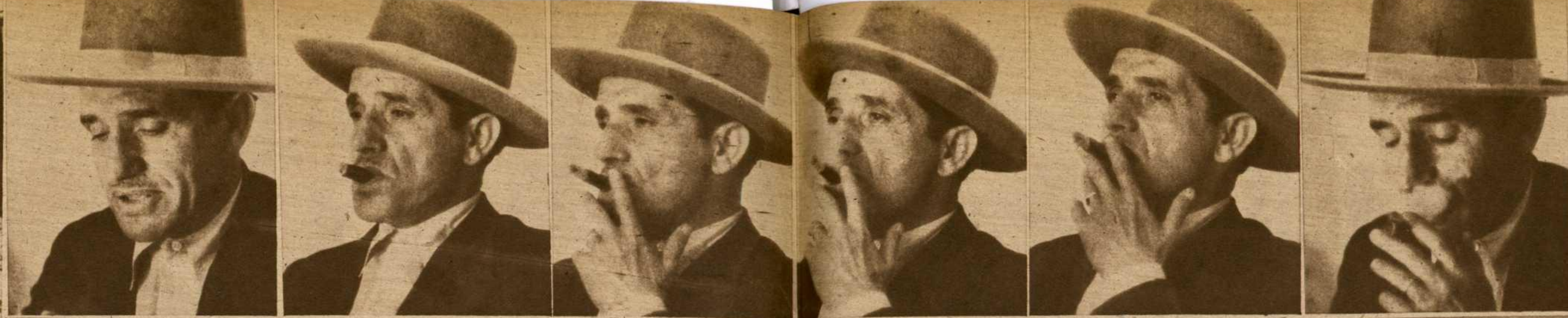
◆
**JOAQUIN
PAREJA,
JUAN PAREJA,
LEONARDO
GALISTEO,
NIÑO DE LA
PALMA,
VITO CHICO
Y
GUERRERITO**

◆
Damos en la presente página una información gráfica del festival que en la Maestranza se celebró como homenaje al barrio de Triana, y en la que actuó como director de lidia Cayetano Ordóñez.—A la izquierda y de arriba abajo: Las cuadrillas al iniciar el paseillo. Rompe plaza el rejoneador Joaquín Pareja. Galisteo en un ayudado por alto.—Vito Chico, que tuvo una gran actuación, torea de muleta por bajo, y el Niño de la Palma, hijo, en un buen natural.—A la derecha y de arriba abajo: El rejoneador Joaquín Pareja colocando un par de banderillas cortas. Vito Chico en un magnífico par de banderillas. Guerrerito al iniciar un natural, y Leonardo Galisteo al pasar de muleta a su novillo (Fotos Arenas)





Juan Belmonte en su finca de Gómez Cardena. Abajo: El trianero en un festival, cuando comenzaba su carrera triunfal (Fotos Arenas).



A la vez que Juan Belmonte descubría su vocación se hacía un firme propósito: nada de usar paso a paso la asignatura taurina; nada de merodear, mendigando la protección de los poderosos, por los latifundistas y caciques. Él quería ser torero de una vez. Y pronto, porque su casa lica de mel en pecor. Sus hermanos habían sido reparadores en Hospicio y Asilos. Y había días que apenas si tenía para comer.

LA PRIMERA ESTOCADA

Calderón seguía repitiendo en todas partes que tenía en sus manos un futuro asero de la totería. Algunas veces llevaba a Juan con él a las tertulias de sus amigos y lo presentaba con frases que al muchacho se le antojaban exóticas. En una de esas reuniones conoció Juan a don Daniel y don Francisco Herrera, que tanto habían de ayudarle después en los momentos más difíciles de su carrera. Y de otra de esas tertulias fué conducido por gente rica de Acahal, sacó Juan otra contrata. Iba a inaugurar una Plaza en dicho pueblo, y para tal solemnidad se lidiaría una corrida mixta: cuatro novillos de capa y dos novillos que habría de matar Juan. La fecha señalada era el 24 de julio.

UNA CORRIDA ACCIDENTADA

Poco después volvió Belmonte en Guareña. Fué también una corrida accidentada. Los toros pesaban más de trescientos kilos, y naturalmente, Calderón, que acompañaba a Juan, hizo lo posible para que se suspendiera el festejo. Pero no hubo más remedio que torrar. Iba mediada la corrida cuando uno de los toreros enganchó a Belmonte por el muelo. Apenas había llegado Juan a la enfermería, cuando Paco Madrid el compañero de cartel, hacía también su entrada a hombros de la asistencia. El público protestó, y al final tuvo la Guardia Civil que matar a tiros al bicho.

muy bajas y dejándose casi atropellar por el bicho... entendidos sentenciaron que Juan era valiente, pero algo torpe; que tal vez con el tiempo, podría llegar a ser torero. Pero tenía un defecto: "codilleaba". Calderón, cuando volvían del tentadero, reprendió, medio en serio, a Juan: —La primera vez que vuelvas a torrear te voy a poner tablillas en las articulaciones... Vas a llevar los brazos como si fueran aspas de molino.

MONTES II

Desde entonces, Calderón a pesar de los defectos que apuntaba al discípulo, se lanzó de lleno a su propaganda por las tabernas y "colmados" que frecuentaba. De cómo cumplió su cometido es buena prueba lo que algún tiempo después escribía López Pinillos en "Heraldo de Madrid": "Calderón —decía— por defender a Belmonte cuando era un desconocido, por anunciar el Mesías de la tauromaquia cuando nadie lo esperaba, expuso su crédito de bandillerillo de cartel, de peón excéntrico de cuadrilla formal." Calderón comenzó por oponer a las figuras de aquellos días el nombre ignorado de su

JUAN BELMONTE
Breve bosquejo de la vida de un hombre extraordinario y famoso
En la dehesa de Tablada. — La amistad y el tesón de Calderón. — Cuando Juan estuvo en el tentadero de Urcola. — La sentencia de los «notables». — Montes II en Elvas. — Bautizo de sangre. — Una corrida accidentada. — La Maestranza. — Lo que dijo "Don Criterio" cuando se presentó Belmonte en Sevilla



protegido. Si se hablaba de Fuentes, de Machaquito, del Bomba... Calderón sabía al instante: —"Ca" uno tiene su mérito... ¡Pero lo que tiene Belmonte! Y como Calderón era hombre serio la fama de Juan —"este niño que ya "veréis" ustéds lo que hace"— fué creciendo, y un buen día quedó contratado para torrear en Elvas formando parte de una cuadrilla juvenil. La verdad es que la contrata fué algo original. Porque realmente quien estaba designado para ir a Elvas era un muchachito trianero llamado Valdivieso, que usaba para sus actuaciones taurinas, el nombre de Montes II. Pero a última hora, sin que se supiera la razón, desistió, y el empresario tuvo que buscar de prisa y corriendo el sustituto. Y el sustituto fué Juan Belmonte que hubo de conformarse con pasar en los carteles y ante el público de Elvas por Montes II.

El viaje hasta Elvas fué muy accidentado. El empresario, español no tenía dinero más que para llegar a Badajoz. Allí hizo unas gestiones y consiguió que desde Elvas fuesen a recoger a los toreros en un coche. En la fonda del pueblecito portugués recibió el empresario de Elvas a los muchachos y les saludó con un ceremonioso

discurso que los toreros apenas si entendieron, preocupados con dar fin al banquete que se les había preparado. Después llegó la hora de ir a la Plaza. A Juan el festejo que le habían alquilado le venía muy mal: la chupa le estaba grande y las taleguillas no le ajustaban. Pero, ya en el ruedo Juan se olvidó de su deficiente aspecto, y después de poner apuradamente un par de tablillas al gusto portugués —"a porta gajola"—, se despaechó a su gusto con aquellos toreros embolados que ofrecían tan escaso peligro.

Calderón seguía repitiendo en todas partes que tenía en sus manos un futuro asero de la totería. Algunas veces llevaba a Juan con él a las tertulias de sus amigos y lo presentaba con frases que al muchacho se le antojaban exóticas. En una de esas reuniones conoció Juan a don Daniel y don Francisco Herrera, que tanto habían de ayudarle después en los momentos más difíciles de su carrera. Y de otra de esas tertulias fué conducido por gente rica de Acahal, sacó Juan otra contrata. Iba a inaugurar una Plaza en dicho pueblo, y para tal solemnidad se lidiaría una corrida mixta: cuatro novillos de capa y dos novillos que habría de matar Juan. La fecha señalada era el 24 de julio. Los novillos de Pérez de Cora, embistieron bien. En el primero, Juan se hizo aplaudir con la capa; pero apenas había iniciado la faena de muleta, el animal, en un derroche, le paró la ceja. Casi ciego por la sangre que le cubría el rostro Juan se perfirió para matar, y con gran desprecio se fué tras el estoque, tan acertadamente, que el novillo rodó sin puntilla. Lo llevaron a una enfermería improvisada, y después de lavarle la herida con gaseosa le dieron varios puntos con una aguja de coser sacos. Por último, le vendaron la cabeza y salió a encontrarse con el segundo novillo en tal estado de inferioridad, que a punto estuvo de dejarse vivo en el redondel a su enemigo. De todas formas, quedó como un valiente, y volvió a Sevilla satisfecho. Aquella noche —ra la "vela" de Santa Ana—, Juan se tuvo por el hombre más importante de Triana.

Y, AL FIN, SEVILLA!

La amistad de los Herrera hizo el milagro: Juan se vió un día —21 de agosto de 1910— metido en un cartel de la Maestranza en compañía de Pili y Bombita IV. Quedó bien; pero Don Criterio, en su crónica de "El Liberal", dijo bien poco: "Toréó —escribió el cronista— de capa valiente y con estilo haciéndolo en igual forma el matar. Brilló el sexto a un aficionado que ocupaba asiento en el palco del arrastradero. Se mostró valiente con el trapo, y despaechó al animal de un pinchazo y media butna. El espada salió en hombros hasta su domicilio." Pero tampoco esta vez ganó dinero Belmonte. El empresario le había dicho que le haría un regalo si le salía bien el negocio. Cuando Belmonte fué a recoger el premio, el empresario le dijo que había quedado en "su paz".

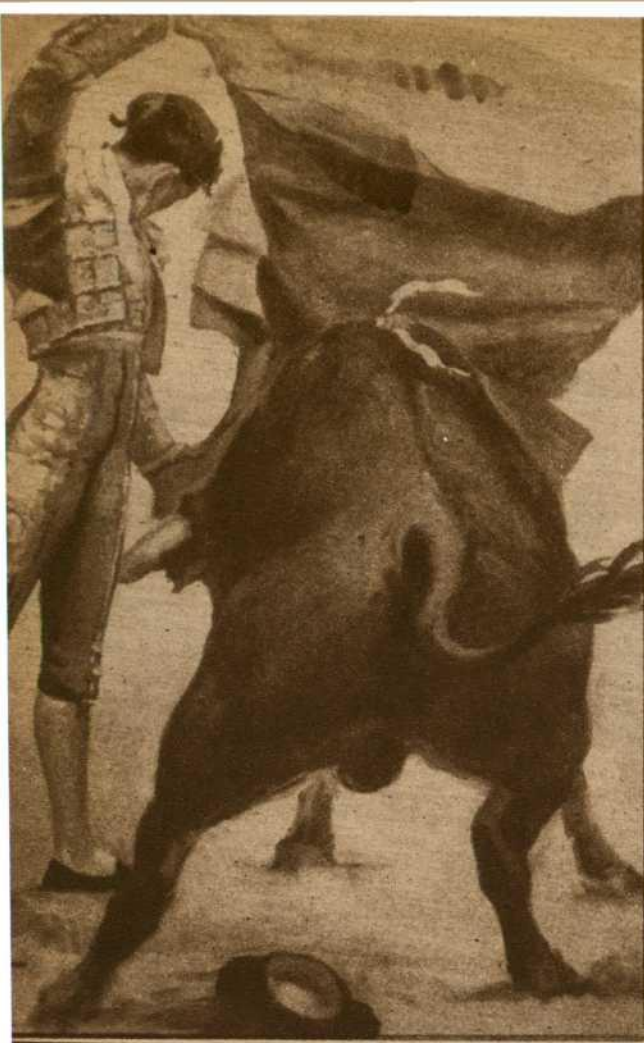


La charla junto al fuego de la chimenea con nuestro colaborador. Abajo: Juan Belmonte cuando ya su nombre sonaba inquietantemente

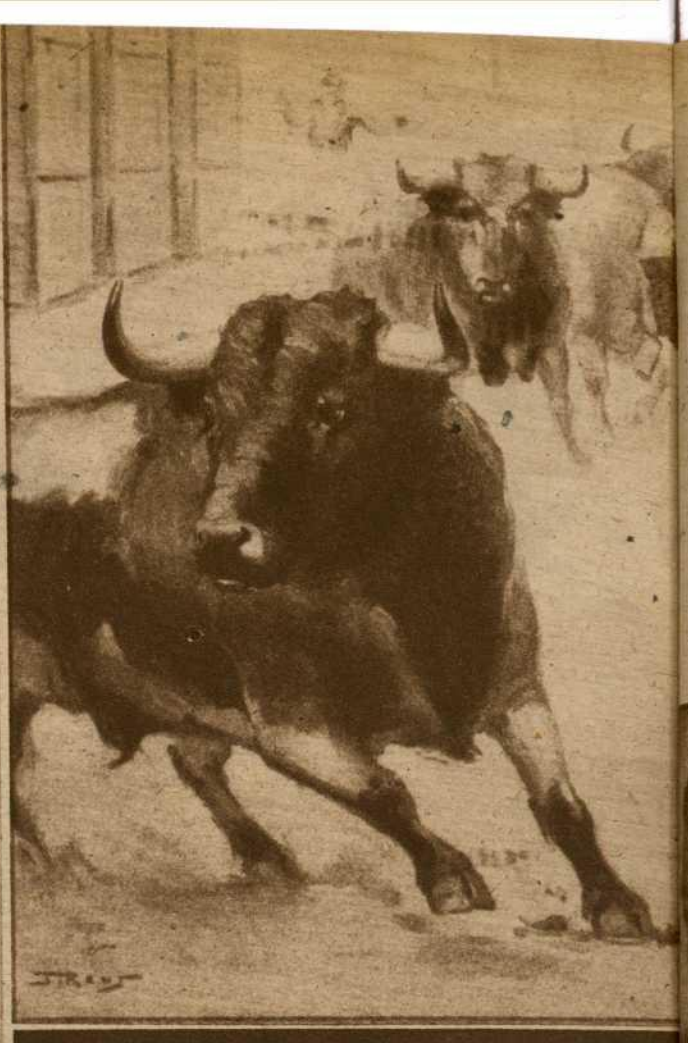


EL ARTE Y LOS TOROS

JUAN REUS O LA MODERNA Pintura taurina



Lance de capa (farol), cartel de Juan Reus, en el que se aprecia una gran movilidad



«Desencajonamiento», obra de Reus, en la que la estampa del toro se nos muestra con toda su belleza

lado, al llevar al lienzo toreros de otra época, puso en sus cuadros, más que una emoción taurina propiamente dicha, la íntima y fecunda de su arte, reflejando con él la quietud serena y apacible de una época cuyo recuerdo van nublando las nieblas del tiempo. Gutiérrez Solana, con la acritud de sus pinturas taurinas, elevó al máximo la emoción pictórica, y, como un nuevo Goya escéptico y filosófico, contagió a su pintura de esa abacadaabrante visión que él tenía de las cosas. Pero arte menos discutido conforme pase el tiempo, pero un arte, en fin, revolucionario, atentatorio para algunos al clasicismo y a la estética.

Dentro de la segunda división, o sea la del impresionismo, que yo califico de decorativo, existen dos escuelas o tendencias artísticas: la de Roberto Domingo, y la de Ruano Llopis. Junto a estas dos figuras señeras se mueven, por lo general, las actividades admirativas del resto de los dibujantes, que al mismo tiempo dan a su labor un sello inconfundible y personalísimo, como acontece con Antonio Casero, y antes con Ricardo Marín, el precursor del actual impresionismo periodístico.

Juan Reus, educado en la moderna escuela pictórica-taurina, admirador, como se ve por su obra de ambas tendencias —Domingo y Ruano—, se

sintió y se siente más influenciado por éste, y, poniendo en su labor todas sus ansias de superación personal, ha sabido hermanar con el buen manejo y distribución del color la de una técnica sobria y estilista del dibujo, desprovisto de ese amaneramiento en que tan fácilmente cayeron los pintores de la pasada centuria.

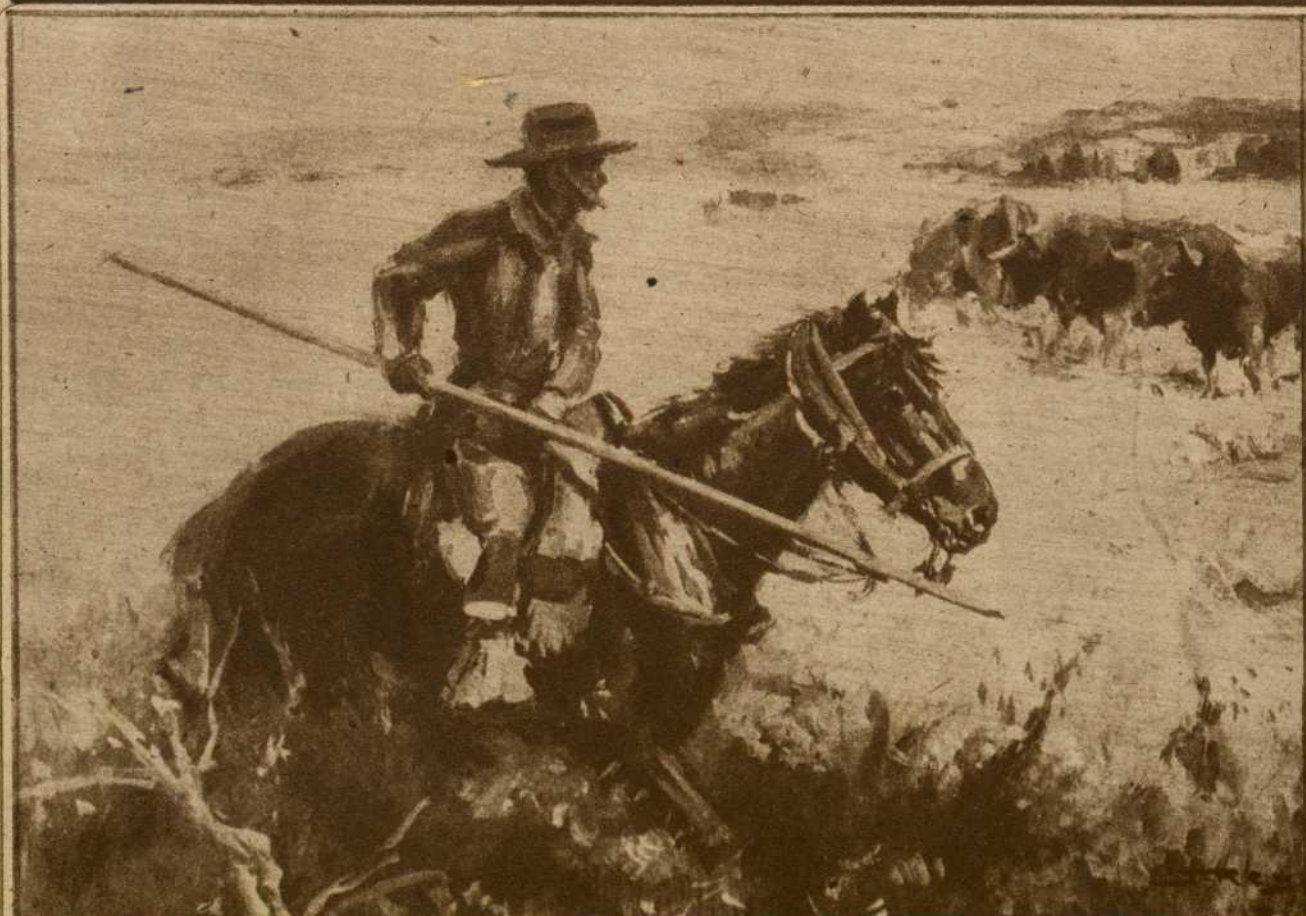
Juan Reus, que desde el primer día en que pulsó los pinceles se encontró dominado por el tema de los toros, va poniendo en su obra, poco a poco, un matiz colorístico que le caracteriza. Porque, valenciano de nacimiento, ha sabido unir también en su obra, a la luz en que se desenvuelven las corridas de toros, esa otra, deslumbrante y cegadora levantina, tan difícil de trasladar al lienzo. Comparada con la obra pictórica del siglo XIX, la de Juan Reus, se marcan bien acusadamente las diferencias del tiempo y de la técnica. A su modo, y a tono con la visión que sobre el arte hoy se tiene, la joven generación artística está haciendo su revolución. Una revolución afín con las inquietudes personales del momento.

En la lista de los actuales cultivadores de la pintura taurina habrá que añadir satisfactoriamente la firma estimable de Juan Reus, cuya obra artística, en este aspecto, merece beneplácitos.

MARIANO
SAN CHEZ
DE
PALACIOS

CUANDO NOS enfrentamos con la obra artística de la pintura taurina de estos últimos tiempos, dos grupos o divisiones nos vemos obligados a hacer: la del retrato, y la del impresionismo, que pudiéramos decir decorativo. En el primero, el pintor, más seducido por la brillantez y colorido del traje que por la movilidad y dinamismo de la escena, más compenetrado con la técnica del retrato, llevó su arte a reflejar al torero de ayer o de hoy, de éstos o de pasados tiempos, dejando en la rica colección pictórico-taurina la efigie popular y conocidísima de aquellos diestros que alcanzaron una notoriedad sobresaliente. Claro está que esta clase de retratos no puede estar sometida a los mismos o parecidos procedimientos de composición o encaje de esta clase de pintura. Se precisa que el artista, compenetrado con la vida del torero, conocedor y amante del espectáculo luminoso de la lidia, ponga en su obra, en torno a la figura y en ella misma, una palpación de vida, una sensación «sui generis», que, destacándola del vulgar retrato, lleve en sí, se adivine o vislumbre esa enorme emoción de los toros de la que tiene que estar saturada la obra. Tal acontece con los retratos de toreros contemporáneos de Zuloaga, especialmente en los de Juan Belmonte. Vázquez Díaz, por otro

«En el campo», cuadro de Juan Reus, llevo de la sobriedad artística que caracteriza a su autor



El ilustre pintor

Don MARCELIANO SANTAMARIA y sus sesenta años de abonado en Madrid

El último gran estoqueador fué MACHAQUITO



El ilustre pintor don Marceliano Santamaría ocupa siempre en la Plaza de Toros la misma localidad, en la fila tercera del tendido 10. Ya en la vieja Plaza tenía este abono, cuya antigüedad cuenta sesenta años largos. La vocación de don Marceliano ha sido, de siempre, la pintura, de la que hizo su brillante profesión y en la que tan frecuentemente ha obtenido triunfos de

resonancia mundial. Y su pasión ha sido, de siempre también, los toros, pasión que no ha disminuido al entrar la fiesta en los cauces actuales, por más que a don Marceliano no se le haya escapado todo cuanto de decadente ha invadido los terrenos taurinos.

—Sesente años, jovencito, sesenta años llevo yo viendo corridas, y en ese tiempo figuré si habré presenciado cosas y habré conocido a diestros... Como que yo he alcanzado la época del Gordito, que ponía banderillas en silla. La primera corrida la vi en Burgos, y alternaban el Gordito, Currito, hijo de Cúchares y Frascuelo. Entonces se mataba a los toros. Ahora nadie sabe qué es lo que hay que hacer con la espada. Hace mucho, mucho, que no se ve un matador como aquéllos. Creí que iba a ser Cagancho, pero cayó en lo de todos. Tal como se mataba antes, había que perfilarse de cerca, dando el hombro al cuerno izquierdo, y meter el estoque cuando el toro iniciaba el derrote. Se efectuaba la suerte del volapié, nombre que viene de «vuela-pié», porque, en efecto, el pie izquierdo se levantaba del suelo y, por decirlo así, volaba, y se marcaban los tiempos. Actualmente se mata con el brazo suelto, que no puede hacer fuerza, y se salen por la cara y no por los costillares, como se hizo hasta Machaquito, que es el último estoqueador de verdad que yo he visto.

—¿Y a quién ha visto usted manejar con más destreza la espada?

—A Frascuelo. Ese, dando estocadas, era el primero. Como torero, había muchos de su tiempo que le aventajaban; pero con la espada no tenía rival. Claro que para mí, el torero más completo fué Lagartijo el Grande. En el Club Guerrita, de Córdoba, se conserva la cabeza de un toro que tenía más de un metro de punta a punta. Ese toro lo mató Lagartijo, y cuando se preparó para la suerte suprema, le dijo a su hermano, el gran banderillero Juan Molina: «Ponte aquí, que me voy a encunar.» Y se tiró, y fué cogido y cayó

en el sitio que había previsto. Conque usted me dirá si tendría conocimiento de los toros aquel hombre.

—¿Le trató usted?

—Sí que le conocí. Y a Guerrita también. De Guerrita me acuerdo que el público madrileño le volvió la espalda, porque no le cogía nunca el toro, y estuvo dos años sin torear en la capital. Cuando reapareció, se dejó coger por donde quiso y cuando quiso. Salió por el aire, y no le pasó nada. El público se congregó con él, a partir de entonces... También conocí a El Espartero, cuya muléta era del tamaño de una servilleta, y no como las que sacan hoy, que son mantas.

—Y eso, ¿por qué será?

—Porque no saben darle la salida al toro, y han de taparle la cabeza con ese trapo enorme. Es igual que aplaudir el toreo veloz, a base de piernas, contemporáneo. No: el toreo ha de ser con los pies quietos, y los que deben mandar y torear son los brazos. Recordemos a Fuentes, por ejemplo. Sus primeros pases eran inmejorables. Aguantaba desde largo, y era el brazo extendido, con la muleta prendida en la mano, el que marcaba la salida limpia y emocionante. Su toreo era como debe de ser: de pies quietos, y que todo lo hagan los brazos, dentro, naturalmente, de un sentido rítmico, como el que tienen los faroles de Juanito Belmonte, para que no diga usted que todos mis elogios son para los diestros de antaño. ¿A qué cree usted que debe Belmonte, no el hijo, sino el padre, Terremoto, su excelsitud? Pues precisamente a que «no tenía piernas», no podía «salir por pies», y todo tenía que hacerlo con los brazos. Como le pasaba también al Gordito, con el mayor mérito para éste de que entonces no existían los burladeros.

—¿Dónde está el principal motivo de la decadencia de la fiesta?

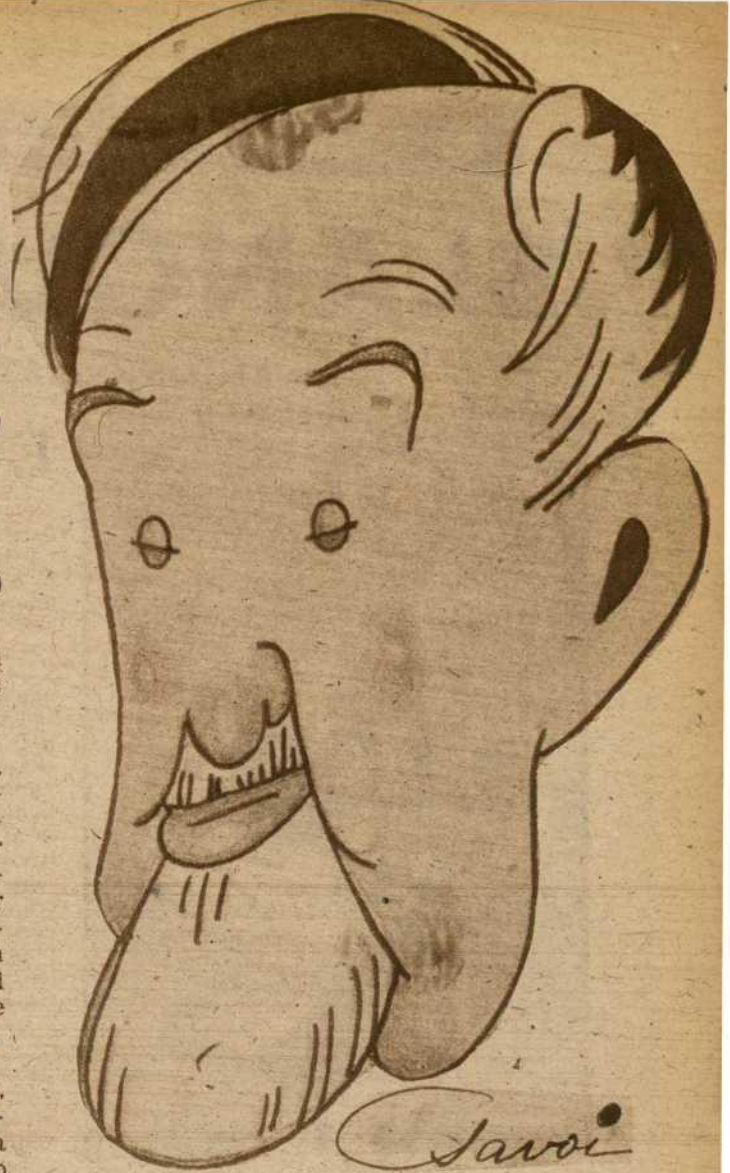
—¡Hay tantos! Pero uno de ellos son los petos. Aquellos toros de Saltillo que se llevaban por delante catorce caballos... El ganado también ha perdido mucho. Ya no existen los toros navarros de Carraquirri, que eran «coloraos» y pequeños, pero duros. Lagartijo decía que el toro más bravo era el navarro. Sí; ha perdido muchas cosas la fiesta. Antes, todos los matadores banderilleaban. ¡Y cómo lo hacían! Lagartijo ponía seis pares de a cuarta en lo que hoy se tarda en una salida en falso. Un banderillero magnífico fué Pablo Herraiz, que iba en la cuadrilla de Frascuelo.

—¿De qué corrida guarda mejores recuerdos?

—De una en Madrid, un jueves. Mano a mano, Lagartijo y Valentín Martín. Un cartel, ¿no? Bueno, pues sólo hubo media entrada. Los toros eran de Saltillo, y se arrastraron dieciocho caballos. Aquella tarde no hubo un par de banderillas mal puesto, y se vieron seis estocadas para seis toros. En el último, Martín se dispuso a tirarse a matar; pero Lagartijo metió el capote y se llevó al toro, porque comprendió que en aquel instante su compañero no iba a lograr la estocada, como la logró poco después. En fin, cosas que ya no se ven...

—¿Qué es lo principal en la fiesta?

—El toro. Lo que pasa es que el espectador



actual apenas se fija en este «pequeño» detalle. Más, mucho más que los nombres de los toreros, se preocupaba el aficionado de años atrás por saber de qué divisa era el ganado. Ahora se va a la Plaza sin saber de quién son los toros que van a lidiarse. Eso es muy significativo para comprender por qué derroteros camina la fiesta, que es espectáculo, pero que cada día lo es menos, porque se le van restando cosas que contribuían a su mayor variedad, como las banderillas en silla, el salto de la garrocha y el de trascuerno, que aunque no eran indispensables, ni siquiera necesarias, contribuían a un mayor entretenimiento del público.

—¿Y es mucho menos peligroso el toreo actual?

—Menos, menos... Las cogidas no son tan peligrosas. Casi todas son en los muslos, debido al modo como se torea. Antes, la mayoría de las cornadas eran de la faja para arriba. Y es que al toro hay que pasárselo por ahí, por la faja, y todo lo demás son lirismos.

—Entonces, quedamos en que el más grande fué Lagartijo.

—Para mí, sí. Aunque no puedo olvidar a muchos otros. Los pases en redondo de Gallito no han sido superados. Y un torero que lo reunía todo fué Fuentes, con el que hice buena amistad. Era espectacular, elegante y listo. Todas sus faenas las presidía su inteligencia.

—¿Es verdad que hizo usted un cuadro de Guerrita?

—Sí. Eso fué por encargo de la Compañía Colonial, que quería un retrato en el que apareciera Guerrita tomando café. Pepe Laserna, el que fué renombrado cronista taurino, me dió una carta para Juan Molina, y éste fué el que lo arregló para que Guerrita me dedicara una sesión y me sirviera de modelo. Yo me llevé un fotógrafo, por si acaso. Guerrita, a los pocos minutos de posar, me dijo: «Ya puede usted agradecerse a Juan, porque lo que más me revienta es retratarme.» El era así. Un carácter fuerte, duro y franco. A la cuadrilla, el día antes de torear, la encerraba en un cuarto y se guardaba la llave en el bolsillo. Y es que aquellos toreros tenían otro temple. El Espartero decía una vez: «¿Pero qué voy a hacer con un toro que no me quiere coger?»...

BLANQUITO

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



José Robles, Blancoquito

En los periódicos y entre aficionados se habla poco de los subalternos. Bien es verdad que existe una crisis notoria de ellos. Y debería ser todo lo contrario. Nunca como ahora se ha nutrido la clase de banderilleros con tantos ex matadores de toros y de novillos. Antes, de los banderilleros salían los matadores, que llegaban así a la alternativa con una experiencia muy conveniente para vencer las dificultades de la lidia. Ahora es al contrario: los que no tuvieron suerte con la espada y la muleta se agarran al capote y a las banderillas. Teóricamente, el plantel de peones actual tenía que ser excepcional, y ocurre precisamente todo lo contrario, su nivel artístico y torero es muy bajo. Apenas hay peones que sepan lidiar a un toro con arreglo al arte y a la conveniencia del matador.

Entre estos pocos descuella José Robles, Blancoquito, hijo de aquel banderillero del mismo alias que llenó toda una época codeándose, y aun superándolos a veces, con aquellos formidables rehileteros que se llamaron Lagartijo, Guerrita y Fuentes. También Blancoquito probó fortuna estoqueando novillos antes de coger los palos, pero a pesar de algunos buenos éxitos, se convenció de su falta de aptitudes, y en el año 1928 ingresa como banderillero en la cuadrilla de Antonio Posada.

Blancoquito, sevillano de Gerena, es hombre de muy graciosas y oportunas ocurrencias y un conversador ameno y sagaz con ribetes de filósofo. A mí me dijo un día:

—Desengáñate, Antonio, yo no creo que seas un buen escritor, porque ganas poco dinero, y el que vale, trinca. Yo no leo casi ná, pero chanelo de la vida. Mi suegro, que es loco por el *Quijote*, por eso le llaman el Manchego, está empeñado en que lo lea, pero no le hago caso. ¡Pa qué, si yo lo que necesito es arrimarme al toro y así gano parné!

Una vez le reproché el exceso de capotazos que en los tres tercios le había dado a un toro en la Plaza de Madrid, y me contestó:

—¿Ves tú?, para que veas tú. ¿Sabes por qué estuve toda la lidia en la cara del toro? Pues porque en cuantito me separaba me decía el matador: ¡Dale más, abúrrele! Y el aburrido fui yo. Eso sí, aquella noche me dió de propina cincuenta moscos. Todas las culpas son pa nosotros, porque la gente, desde los tendidos, no oye las órdenes de los matadores. En cuanto se presenta un toro con guasa, allá va el banderillero pa acá y pa allá y aluego los gritos. ¡Señor, si uno lo que quisiera es estarse quietecito en el callejón fumando un pitillo!

Blancoquito es un peón muy eficaz, de pelea, valiente y conocedor de los toros. Banderillero fácil por los dos lados, prescindiendo del lucimiento en aras de la prontitud. Hoy los matadores no consenten que los subalternos se luzcan con los palos, sino que, sin pasadas ni arrequives, pongan las banderillas sin que el toro se resabie y ajenda. Y esto no está mal siempre que no se extreme, porque como ahora a los toros, más que lidiarlos, hay que mimarlos, resulta que el tercio de banderillas ha perdido en absoluto el interés y sólo de pascuas a ramos nos es concedido un buen par de banderillas. Ahora los peones; más que correr a los toros y castigarlos; tienen que tirar líneas para que no se caigan antes de tiempo.

Blancoquito narra cuentos y sucedidos con sumo gracejo. Una vez, en una feria, estábamos comiendo en una fonda con pujos de elegante y nos pusieron al lado del plato buen número de cubiertos de todas clases, para el pescado, para la carne y para el postre. Blancoquito, al verlos, exclamó:

—Luego dicen; así, con tanto cubierto, cualquiera come bien. ¡Ya quisiera yo ver a todos estos señoritos comer como comen los cazadores furtivos en mi pueblo. En una mano la escopeta y en la otra un cacho de pan, un tomate, una sardina arenque y la navaja, y manejar todo aquello con una mano y sin que se caiga ná!

Blancoquito torea actualmente a las órdenes de Domingo Ortega, y con tan sabio maestro va corrigiendo sus defectos y afinando sus cualidades, y como valor y facultades no le faltan y conoce al toro, el amigo José Robles es hoy uno de los contados banderilleros que no andan por los ruedos a la deriva, dando capotazos a la buena de Dios, sino que ocupa uno de los primeros lugares entre los de su clase. Y trinca al cabo de la temporada sus durillos, y allá en Gerena se los gasta en cacerías, que son su debilidad.

Con todo cariño le envío estas líneas escritas malamente, porque tiene razón Blancoquito, el que no gana dinero es que es un desgraciado.

A JUAN MARI PEREZ TABERNEIRO le enseñó a torear ANTONIO MARQUEZ



Juan Mari Pérez Tabernero

¿Qué puedo yo decirle de algún interés? —me saltó Juan Mari, con evidente intención de eludir el consabido interrogatorio.

—Las cosas que usted me diga no dejarán de tener algún aliciente—repuse, parando el golpe.

De puro sabidos, pasé por alto los detalles de la iniciación en el trote del vástago de don Antonio Pérez Tabernero. De tanto presenciarse ventas y faenas de campo nació en Juan Mari su afición a ser torero, pese a la repulsa de sus mayores.

El mozo, al fin, se salió con la suya: se hizo torero, y hasta pudo presumir de excelente muletero. En seguida demostró poseer pundonor, mucha afición y la responsabilidad a que su apellido le obligaba. Aquí estriba precisamente la clave de muchas desazones sufridas por este lidiador, que si con el capote era desigual y nada vistoso, en cambio, con la muleta brillaba entre una pléyade de consumados maestros.

A principios del pasado invierno, el hijo del famoso ganadero anunció sus propósitos de no torear durante la última temporada. Y así lo ha cumplido. ¿Qué causas motivaron esta fulminante determinación? ¿Se trata de una definitiva retirada, o, por el contrario, todo se reduce a una abstención pasajera?

—He accedido—contesta Tabernero— ante las reiteradas peticiones de mi padre para que me alijara de los ruedos. Sucesivas de gracias familiares hicieron renovar con mayor ahínco las peticiones paternales, y al fin acabé por acceder.

Varias veces me han entrado ganas de regalar todos mis recuerdos del oficio a mi primo Fernando, que le ha dado por ser torero; pero no acabo de decidirme del todo...

—¿Qué recuerdos le ha dejado la profesión? —La vida del torero es dura. Bonita a ratos, pero dura...

—¿Cómo se traducen ahora sus aficiones taurinas? —No regateando mi aptitud a cuantos festivales me invitan, y, sobre todo, ocupándome en criar buenos toros para que otros hagan lo que yo hubiera querido realizar todas las tardes de corrida.

—¿De dónde conserva la mejor impresión como torero? —De mi despedida en Salamanca con ganado de casa y teniendo al público de un par por haber salido pequeña la corrida. A Manolete, Pepe Luis y Andaluz se les dió la tarde muy flojamente, y yo, decidido a todo menos a que mis paisanos se llevaran un recuerdo desagrado, acabé por conseguir que el respetable desarrugara el gesto y se entregara por entero.

—¿Y la de peor memoria? —En Zaragoza, toreando con Miguel del Pino y Angel Luis Buenvenida. Un toro me cogió tres veces, sin consecuencias, pero, en cambio, para eludir las iras del enojado público, hubo de escapar, no precisamente por la puerta grande y camuflado con unas gafas de ciego.

—¿Quién—aparte de su afición—le animó a debutar en el toreo? —Yo venía toreando en mi casa desde los seis años. Presencio mis pinitos Antonio Márquez, y a espaldas de mi padre empezó a darme lecciones. Cuando ya me considero lo suficientemente hecho, me puso al habla con don Manuel Buenvenida, consiguiendo patrocinaria mi inclusión en una corrida que tuvo por escenario la Plaza de Valladolid, y en la que intervino con Angel Luis y Morenito de Valencia. Calcule la sorpresa que se llevó mi padre, al enterarse por los periódicos de lo que yo le había venido tapando cuidadosamente.

—¿Qué opinión le ha merecido el público madrileño? —Que es uno de los menos rencorosos que he conocido, pues olvida las malas tardes de un torero tan pronto le ve deslancear o un muletero ejecutados con garbo y valor.

—Ahora, dirigiéndome al ganadero; ¿cómo explica usted que el toro de hoy siga siendo menos toro que el de ayer? —Creo que es una solemne ineptitud afirmar que los toros actuales son inferiores, en revivir, poder y bravura, a los que se lidiaban antes. Lo que ha conseguido el ganadero, con sus cruces y selecciones, ha sido quitarles nervio, resabios en buena hora desaparecidos.

Le sonrío, como dándole a entender que estoy un poco de vuelta de sus afirmaciones, y el hombre, un poco picado, vuelve a la carga.

—Seguramente—dice—, un toro de los que antes se lidiaban no resistían el número de lances que se derrocha en el tercio de quites, los petos, las caricas y la superabundancia de pases de muleta que ahora se practican, si se quiere agradar al público. Este quiere el toro fácilmente toreadable, que dé lugar al lucimiento de los espadas.

—Decidido, entonces, a no volver a vestir el traje de luces? —Si yo volviera a torear, la gente se preguntaría: «¿A qué vuelve este hombre a los toros? ¿Por verdadera afición? ¿Por afán de dinero? ¿Acaso por imposición de su ganadería?». Los públicos no comprenderían que yo fuera la codicia u otros móviles parecidos los que podían llevar a un hombre a seguir arriesgando la vida entre los cuernos de un toro.

—Posiblemente esté usted en lo cierto. Torear, guiado tan sólo por un impulso romántico, es algo incomprensible para las muchedumbres...



Juan Mari por las calles de Madrid

DESPUES DEL GRAVE PERCANCE

El banderillero PIRRI explica su gravísima cogida en Madrid

Estaba torpe por hallarme con los músculos acorchados a causa del frío -- nos dijo EMILIO SAUGAR

La desgracia ocurrida el pasado día 25 de noviembre en la Plaza de Madrid tiene mucho de aleccionadora, ahora que tanto se habla y se discute del toro y del medio toro imperante en los ruedos. Singularmente para los «toristas». Un novillo escuálido, enano, con no muchos más kilos de los que suelen lidiarse en las charlotadas, ha puesto al borde del sepulcro a un modesto torero, harto de contender con toros que habían alcanzado la «mayoría de edad».

Conviene, pues, discernir con claridad. Taurinamente considerado, en el toro de lidia no importa el peso. El toro es toro por la edad, por la casta, por el sentido. Nunca porque tenga más o menos kilos sobre los lomos. El bicho de Alicia Cobaleda que «caló» gravísimamente al banderillero Pirri era, como los cinco restantes lidiados, un verdadero toro, por tener cuatro años y mucho sentido. El toro cuajado, al enganchar, busca, rebusca y recoge, hiriendo siempre. En cambio, el toro joven, por gordo y aparatoso que sea, se sale suelto casi siempre que toge, es poco certero al herir y rara vez recoge en el suelo.

Recuérdese que el toro que mató a Joselito no llegó a las veinte arrobas. Y, escogido también al azar, aquella becerra adelantada que en una

fiesta taurina hirió gravemente en el pecho a Bombita, que tuvo que guardar cama más de tres meses.



El Pirri colocando un buen par de banderillas

fiesta taurina hirió gravemente en el pecho a Bombita, que tuvo que guardar cama más de tres meses.

—¿Cree usted que pudo evitarse su cogida?— hemos preguntado al Pirri en el Sanatorio de Toreros.

—Las cogidas, desgraciadamente, no pueden evitarse. Suprimir ese peligro, sería tanto como pedir la supresión del toreo. No obstante, ocasiones hay en que se podían evitar, tal como la mía. Pero en otras, que parecen fáciles de evitar, sobreviene el percance de la manera más tonta.

—Lagartijo aseguró que el torero debe salir a la Plaza a coger al toro, y no el toro al torero...

—Sí; ésa es una frase muy bonita. Eso dicen que dijo. Pero yo lo dudo. Un torero consciente del peligro de su profesión no puede, no debe decir esas cosas.

—¿Cómo explica usted su percance?

El Pirri, en quien el doctor Jiménez Guinea arruinaba toda esperanza de salvación hace pocos días, habla ahora animadamente. Y replica:

—Sencillamente. El novillo era manso y pegajoso. Echaba la cara arriba en cada capotazo, empujaba hacia adentro y se iba a las tablas, buscando la huida. Yo vi todo eso. Al darle un capotazo, equivocadamente, me quedé en el terreno del toro, es decir, por dentro, completamente descollado y a merced del toro. En esta situación, hizo de pronto por mí. Entonces giré bruscamente hacia las afueras, tratando de ganarle la cara y salvar el pitón izquierdo. Es cuando me enganchó con un derrote. Sentí penetrar profundamente el pitón en mi costado izquierdo, sin gran dolor, aunque en seguida me di cuenta de que me había dado una «corná» grande, de «caballo». Por eso, saqué fuerzas de flaqueza y salté la barrera precipitadamente. Además, puede usted decir que esa tarde estaba torpe, por hallarme con los músculos como acorchados, encogidos de frío. La culpa de la cogida fué mía. Al conducirme las asistencias por el callejón, camino de la enfermería, sentí por dentro como un hormiguillo, al mismo tiempo que «veía» apagarse, cada vez más lejos, el murmullo de la Plaza. Lo primero que noté al «calarme» el toro fué que me faltaba la respiración y que me ahogaba. Un frío terrible, como no he sentido jamás, me congelaba, y un extraño bienestar se iba apoderando de mí hasta dejarme dormido. Creo que el frío de la muerte debe de ser así.

—Ni que decir tiene que pasaría usted mucho miedo...

—Mucho. Sobre todo cuando, después de operado y viaticado en la enfermería, pusieron en mis labios el crucifijo. Miedo, mucho miedo, sí,



Emilio Saugar, El Pirri

señor, por el desamparo en que quedaban mi mujer y mis seis hijos, el último de ellos de seis meses de edad. Los médicos me miraban fijamente, moviendo la cabeza a derecha e izquierda. Hablaban entre sí, pero yo no les entendía. Allí, en la enfermería, estaba un hermano mío, que también me miraba con ojos de espanto. Había presenciado la cogida, con mis dos hijos mayores, de catorce y doce años, respectivamente. Vi en él, y creí que por última vez, a todos los míos. A mis dos hijos no los dejaron entrar en la enfermería, y se quedaron en la puerta hasta que les dijeron que «ya avisarían a su madre». Algo horrible, que me atenaceará el pensamiento mientras viva.

—¿Ha sufrido más cogidas?

—De gravedad, únicamente ésta. Me han cogido los toros muchas veces, pero nunca me rasgaron más que la ropa. Ya ve usted lo que son las cosas. Ahora, que se ha puesto de moda «eso» de que los toros de hoy sólo rompen los trajes...

—¿Llevaba toreadas muchas corridas este año?

—Treinta y tres novilladas y dos corridas de toros: una, en Valladolid, y otra, en Almedralejo, ambas con Manolo Escudero. Ha sido el año que menos he toreado de los diecisiete que llevo de torero.

—¿Volverá a vestir el traje de luces?

—Si los médicos consiguen salvarme para el toreo y me responden las facultades, ¿por qué no? En ese caso, vestiré el traje de luces mientras pueda con la taleguilla. Las «cornás» son gajes del oficio. Le ruego que aclare usted lo que han dicho los periódicos a este respecto. Es falso, absolutamente falso, que yo haya dicho después de mi cogida que me quitaba de los toros. Tengo muchas obligaciones familiares, y con lo que gané en el Matadero no me basta para sacar a los míos adelante. Sólo pido quedar bien para volver a torear y ayudarme con ello a vivir honestamente. Además, esto de la vocación por los toros no hay «boten» que lo cure...

AGUSTIN ALVAREZ TORAL



Una fotografía del Pirri durante una corrida en un pueblo

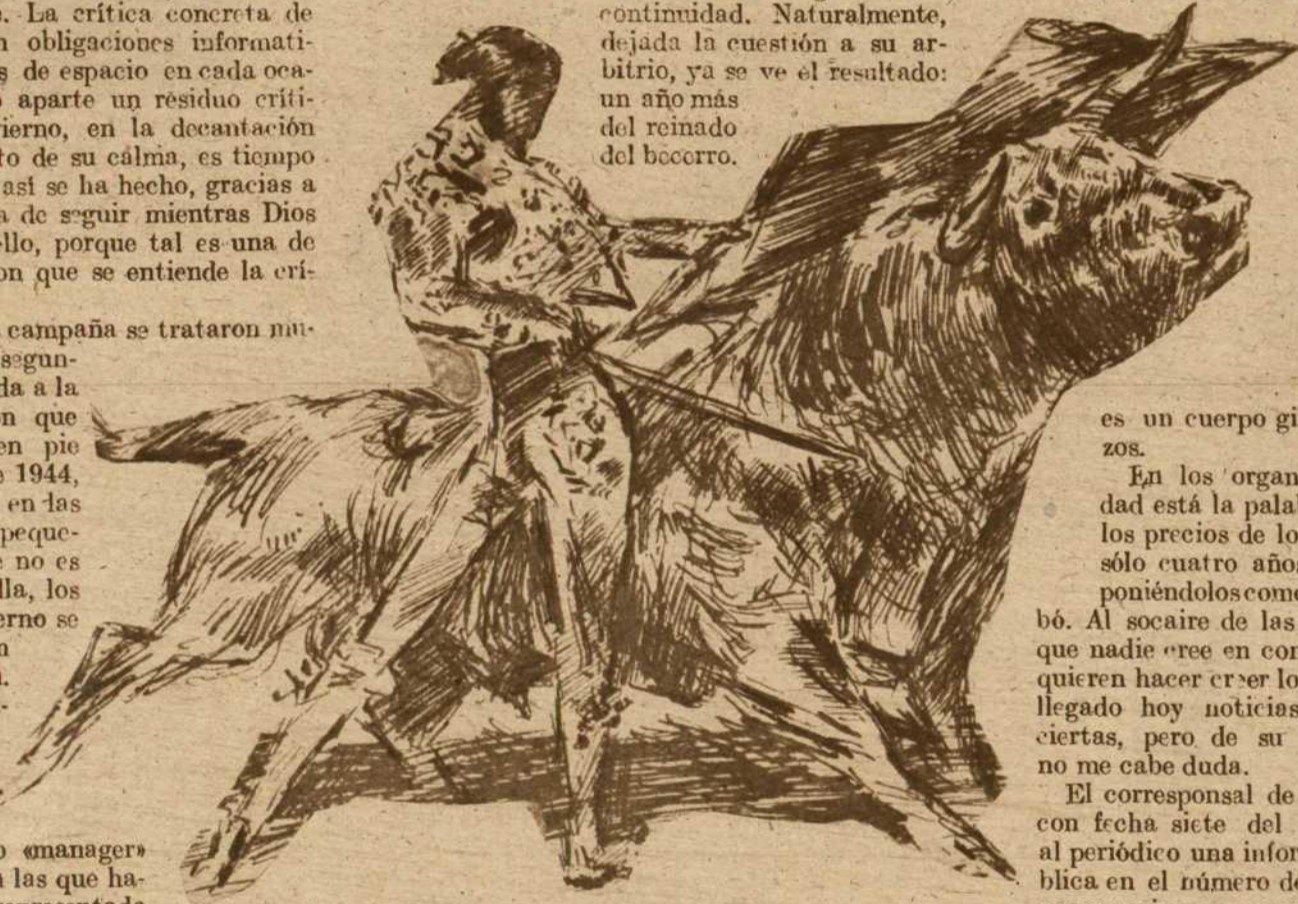
Reuniones de fuerzas "vivas"

Todo lo que se eluda la mención de los dos problemas básicos del toreo de hoy: el toro y los precios, son ganas de perder el tiempo. A su lado palidece todo; a su lado, incluso los vicios y corruptelas que se están introduciendo en el modo de torear, son asunto de menor importancia. El que escribe estas líneas está entrenado con esta serie de crónicas en la tercera campaña de invierno desarrollada en las páginas de *Marca* y *ELRUEDO*, y ya se ha explicado alguna vez cómo el propósito de ellas consiste en desarrollar la crítica y resumen de la temporada con más holgura que en la fecha fija de un número almanaque. La crítica concreta de los festejos, con obligaciones informativas y exigencias de espacio en cada ocasión, va dejando aparte un residuo crítico que en el invierno, en la decantación y alquitaramiento de su calma, es tiempo de comentar. Y así se ha hecho, gracias a Dios, y así se ha de seguir mientras Dios sea servido en ello, porque tal es una de las exigencias con que se entiende la crítica taurina.

En la primera campaña se trataron muchas cosas. La segunda fué más ceñida a la máxima cuestión que pareció dejar en pie la temporada de 1944, la solidificación en las Plazas del toro pequeño, del toro que no es toro. Durante ella, los corrillos del invierno se agitaron también en esa dirección. Se habló y se bisbisó mucho, se airearon unas declaraciones del máximo «manager» del momento, en las que hablaba que su representado no torería sino ganado de recibo. Si ello resultaba cierto, paralelamente a la eficacia de una campaña de opinión y de Prensa, y hasta de lo que se dijo concretado en los artículos mangoneadores del toreo, parecía que algo se iba a conseguir. Pues bien; la temporada de 1945 nos ha dado la respuesta; se ha sancionado como corriente el toro del año anterior, se ha mantenido esta dirección concienzuda y contundentemente, como lo demuestra que se desafía a unas sanciones mínimas e ineficaces de multa, y se ha encarecido la fiesta. Es decir, que se sostiene lo malo y se empeora por otro lado; el toro no gana un adarme y se encarecen los precios en un considerable tanto por ciento a beneficio de diestros, empresarios y ganaderos. Y así llegamos al invierno presente, y se empieza a hablar de abara-

tar los precios, de misteriosas reuniones, de acuerdos y otras maneras de pasar el tiempo.

Se dice eso porque la escasa, pero ya efectiva, experiencia taurina del cronista, sabe que una de las maneras que en los corros taurinos existen para mantener una actitud o posición abusiva, es insistir mucho en ese abuso, precisamente los interesados en mantenerlo, para evitar, precisamente a paso de gañidos, que intervenga alguien que pudiera poner coto efectivo. La gran mayoría de los que a fines del 44 simulaban preocuparse de atajar el toro pequeño eran quienes lo habían traído a las plazas y quienes sólo beneficios logran en su continuidad. Naturalmente, dejada la cuestión a su arbitrio, ya se ve el resultado: un año más del reinado del becerro.



Y mucho se teme que eso que se habla del abaratamiento de los precios tenga las mismas consecuencias. Yo, al menos, no veo en esas misteriosas reuniones de que se hablaba, a nadie a quien verdaderamente interese abaratar. ¡Vaya con las reuniones de ganaderos! ¡Vaya con las reuniones de toreros! ¡Vaya con las reuniones de empresarios! Si son los que andan en cabeza de unos y de otros, sólo provecho han sacado. Y si sólo son cabildeos del empresario local en pérdida, del ganadero que no vende sus camadas o de diestros de siete corridas, es decir, de los perdidosos, bien poco cuenta su opinión. La única que podía reunirse y tomar acuerdos es la afición; pero en la imposibilidad de ello, porque juegan unos señores muy definidos contra algo amorfo y de nebulosa concreción, aunque de dinero tangible, las únicas reuniones válidas son las de la autoridad, los acuer-

dos de la Dirección General de Seguridad, del Sindicato Nacional del Espectáculo, unilateralmente, sin intervención ni audiencia, que será contraria o liadora, de los interesados en el encarecimiento, que son los que están haciendo de calamares en estas hablillas. De ellos nada hay que esperar, porque, ¿quién pierde con el becerro? ¿O con la subida de precios? Ellos son como la fiera que probó la carne humana y ya sólo el meterla en una jaula podrá impedir que se meriende a todo el que pesque por delante. ¿Van a ser Manolete, Arruza, Gago, Camará, don Antonio Pérez y Balañá, los que sintiéndose evan-

gélicos, van a hacer penitencia o a ponerse límites en contra? ¿Y si no son ellos, ni media docena de nombres parejos, quien tiene fuerza sino para charlar en el café? Y la afición

es un cuerpo gigantesco sin brazos.

En los organismos de autoridad está la palabra y en su poder los precios de localidades de hace sólo cuatro años. Una orden imponiéndolos como vigentes y se acabó. Al socaire de las reuniones, en las que nadie cree en conciencia, sino que quieren hacer creer los interesados, han llegado hoy noticias frescas. No sé si ciertas, pero de su calidad de sonda no me cabe duda.

El corresponsal de *Marca* en Cádiz, con fecha siete del actual, transmite al periódico una información que se publica en el número del mismo día. Los empresarios, señores Alegre y Puchades, han ofrecido a Arruza, al borde del barco que se lo lleva a América, una exclusiva para la próxima temporada.

Cincuenta corridas: seis millones de pesetas.

Ciento veinte mil pesetas por corrida.

Añade el corresponsal que «en señal de consideración a los aficionados, la exclusiva le dejaría dos fechas libres para Madrid, Barcelona y Sevilla». Ya comentaremos más despacio, porque ahora ni la emoción ni el espacio nos dejan sino terminar gritando: ¡Vivan las reuniones de fuerzas «vivas» del toreo! ¡Malaventurados quienes las crean, porque ellos conocerán el Limbo!



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

CUANDO LOS TOREROS PASEBAN EN "MANUELA"

QUE cualquier tiempo pasado fué mejor, ya lo dice el refrán. Pero nosotros queremos hacer hincapié en ese «cualquier» con que principia el adagio. Porque a la hora de elegir para la comparación en este tema tan trillado de los toros, creemos que da lo mismo el año para que salgan perdiendo los de hoy.

Acabamos de terminar una temporada de la que aun andamos convalecientes, y no tiene, por tanto, nada de particular que al sacar del archivo la foto que ilustra esta página se nos hayan saltado las lágrimas.

Es en primer lugar la estampa lo que ha influido en nuestra emoción. Esa «manuela», donde con su aire, su figura y su gesto de toreros —ese bendito sombrero ancho y esa botita enterriza!— se sientan Machaquito y Vicente Pastor, que han salido a la ca-

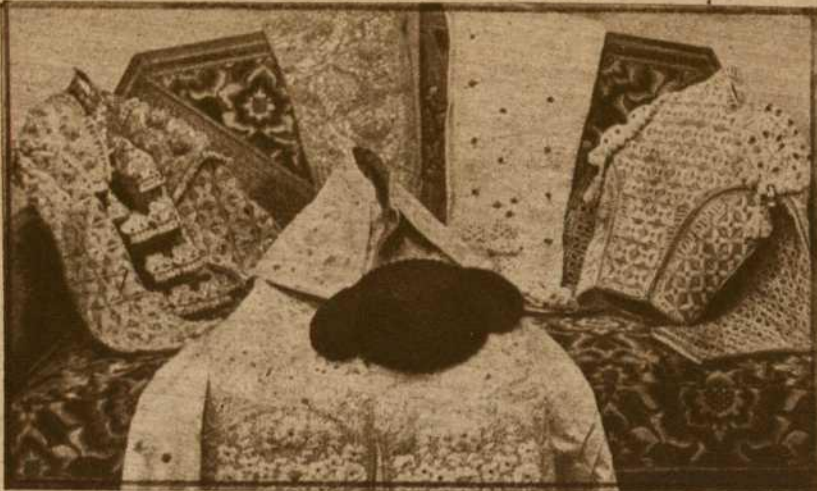


lle a darse al público —obligación ineludible de las figuras famosas—, es verdaderamente conmovedora. Por su sabor, su tipismo; por su pátina de leyenda, que leyenda, recuerdo y no otra cosa es lo que nos queda de lo que eran los toreros.

La coincidencia de que estas dos figuras del pundonor taurino aparezcan juntas es otra de las causas que han herido nuestra sensibilidad.

Es tan fuerte el contraste y tan recientes nuestros últimos sinsabores en el tendido, que no hemos tenido más remedio que añorar con simpatía y envidia al aficionado que le cupo la suerte de ver actuar a estos dos

hombres que detrás del estoque enterraban en el morrillo del toro su valentía y, sobre todo, su honra de profesionales conscientes de su deber. De ese deber que da la categoría, la fama y el respeto al público. Es decir, de toreros que aman su profesión.



El oro de los vestidos de torear y de los capotes de lujo fué lo que inclinó a Lorenzo Agudo a abrazar la profesión de sastre taurino

A poco que se conozca Zaragoza se sabe que en la margen izquierda del Ebro, frente al Pilar, está enclavado uno de los barrios más castizos y populares de la capital de Aragón. En tradición labradora y baturra allá se anda con el de San Pablo y la Magdalena. Y en raigambre jotera, no digamos.

Este barrio del Arrabal, que a él nos estamos refiriendo, ha tenido muchos y muy aventajados cultivadores del canto aragonés, y entre todos ellos, los del Arrabal y Aragón entero, descolló, hace más de cincuenta años, el jotero máximo: el «Royo del Rabal».

El pueblo zaragozano aun guarda memoria de la majeza, de la hombría y del estilo del canto del «Royo», iluminando su recuerdo con un anecdótico digno de un héroe de leyenda.

Pues en este barrio, tan zaragozano, tan baturro y tan jotero, se ha dado un caso merecedor de ser divulgado. En ambiente que no le era propicio, sin maestro que le dirigiera, sólo por el impulso de una afición sostenida y empujado por un tesón francamente aragonés, un muchacho rabalero, hijo de labradores y labrador él también en los comienzos de su vida, se hizo sastre de toreros, sirviéndole de fase de transición el tiempo que fué lidiador; época en la que tuvo su buena cotización como novillero.

Este es Lorenzo Agudo, el sastre de toreros del barrio del Arrabal de Zaragoza, con el que departíamos campechanamente una tarde veraniega en su propio taller, con nuestro estrecho horizonte cerrado por vitrinas repletas de taleguillas, chupas, muletas, capotes, monteras e infinidad de retratos de diestros clientes de la casa.

—¿Cómo fueron los primeros años de su vida? —le preguntamos.

—Como los de todos los muchachos de este barrio, que entonces era casi en su totalidad labrador. En mi casa se cultivaban campos en los términos de San Juan de Mozarrifar, Cogullada y Picarral. En aquellos campos aprendí a trabajar.

—¿Estaba satisfecho con su oficio?

—Si no me hubiera atacado el venenillo del toreo, creo que me hubiera desenvuelto muy bien como labrador; pero el brillo de los trajes de luces me tiraba para los ruedos. Fui torero desde el año 1920 al 28. En este último año llegué a torear quince corridas en Barcelona, alternando con las primeras figuras de la novillería de entonces, que eran Enrique Torres, Vicente Barrera, Carratalá, Pinturas y otros. A pesar de que me iba defendiendo como torero, me convencí de que por ese camino no resolvería el problema de mi vida y decidí hacerme sastre de toreros, que era profesión que me estaba apeteciendo. Comencé el nuevo oficio el año 29.

—Se buscaría en seguida un maestro.

—No lo crea usted. Me hice sastre sólo, con tesón verdaderamente aragonés. ¡La de tela blanca que echaría a perder y la de noches en vela que pasaría! Ahora estoy satisfecho de mi esfuerzo, sobre todo por haber conseguido que en Aragón hubiera una cosa que no había un taller de sastrería de toreros. En Aragón debe haber de todo.

—¿Es difícil hacer trajes de toreros?

—En efecto; como difícil está conceptuado. Hay dos cosas que son la clave y la gra-

—¿Qué colores prefieren sus clientes?

—El grana, tabaco, azul y verde con oro.

—A juicio de usted, ¿qué torero es el que mejor viste el traje de luces?

—Jaime Pericás.

—Las prendas taurinas, ¿qué precios tienen en la actualidad?

—Le voy a decir a usted los mínimos en cada prenda. De ahí para arriba puede usted echar lo que quiera, sobre todo si el cliente es presumido. Vestido de oro, 4.000 pesetas; de plata, 2.800; blanco y negro, 2.000; capote de brega, 250; montera, 500; estoque, 40 capote de paseo, 500 y muleta, 300.

—¿Personal de su taller?

—Un ayudante, cinco bordadoras y dos montadoras. Entre el personal figuran mi esposa, Encarnación Martínez, y mi hermana Miguela. Los dibujos se los encargo a doña Ursula Iriarte, que es una verdadera artista.

—¿Alquila usted trajes?

—Sí, señor; y tengo para esa sección setenta y ocho equipos completos.

—¿Qué suele costar el alquiler de un traje de matador?

—De cien a quinientas pesetas, incluyendo capote de paseo, dos de brega, dos muletas, un juego de tres espadas, montera y los cabos.

—¿Qué tal va estos años el negocio de alquiler?

—Muy mediano. Como las empresas, por las condiciones en que se desenvuelven sus asuntos, han decidido restringir y casi suprimir las novilladas, lo mismo las picadas que las económicas, el negocio del alquiler, que en estas funciones tenía su demanda, se ha venido abajo.

Y ya estamos terminando nuestra entrevista con este famoso sastre por tesón, cuando llega del colegio, en que se prepara para el ingreso en el Bachillerato, su hijo Angelito, un chavalillo de nueve años, guapo y despejado, que ya siente bullirle en la sangre la pasión del toreo. No parece que le agrada mucho al padre esta inclinación del pequeño; pero ya verán ustedes como al final veremos a Angelito hacer el paseillo con el terno más rumboso que haya salido del taller de su padre.

Para empezar, ya tiene muleta y capotillo proporcionados a su estatura y edad, con los que se marca para recreo nuestro unas cuantas suertes. La prueba no puede resultar más salerosa.

Y salimos de casa de Lorenzo Agudo. Las sombras del atardecer van envolviendo al típico barrio del Arrabal. Se oye el rumor de las aguas del Ebro al chocar en las pilastras del Puente de Piedra, y en el cielo, por el lado de Poniente, se recortan vagamente las si-

luetas de las torres del templo del Pilar.

Cerca de nosotros pasa un fornido mozo rabalero con su «yuñta». El mozo tiene voz y estilo de buen jotero, que luce al cantar esta copla tan popular, tan majetona y de deje tan fanfarrón:

*Al Royo del Arrabal
lo llevan por la Ribera;
no lo llevan por ladrón,
que lo llevan por tronera.*

¡Santo Dios! ¡Y en este barrio tan baturro y tan jotero que acaricia el Ebro y bendice la sombra del Pilar hay un gran sastre de toreros!

Había que verlo, para creerlo.

Desde luego, este hecho insólito sólo se podía dar por una fuerza de gran potencia: el tesón aragonés, y por un móvil afectivo nacido en lo más hondo del corazón: el de que «en Aragón debe haber de todos».

ANTONIO MARTIN RUIZ

DE LABRADOR A SASTRE DE TOREROS

LORENZO AGUDO

aprendió la profesión sin maestro que le enseñara

Fué novillero y alternó con las primeras figuras de dos tiempos

—¿Qué tal va el trabajo en la actualidad?

—Muy bien. He confeccionado este año alrededor de cuarenta ternos, algunos de ellos encargados desde Portugal. He vestido a estos cuatro matadores de toros: Jaime Pericás, Julián Marín, Moreno de Valencia y Carnicerito de Méjico.

—¿Qué colores prefieren sus clientes?

—El grana, tabaco, azul y verde con oro.

—A juicio de usted, ¿qué torero es el que mejor viste el traje de luces?

—Jaime Pericás.

—Las prendas taurinas, ¿qué precios tienen en la actualidad?

—Le voy a decir a usted los mínimos en cada prenda. De ahí para arriba puede usted echar lo que quiera, sobre todo si el cliente es presumido. Vestido de oro, 4.000 pesetas; de plata, 2.800; blanco y negro, 2.000; capote de brega, 250; montera, 500; estoque, 40 capote de paseo, 500 y muleta, 300.

—¿Personal de su taller?

—Un ayudante, cinco bordadoras y dos montadoras. Entre el personal figuran mi esposa, Encarnación Martínez, y mi hermana Miguela. Los dibujos se los encargo a doña Ursula Iriarte, que es una verdadera artista.

—¿Alquila usted trajes?

—Sí, señor; y tengo para esa sección setenta y ocho equipos completos.

—¿Qué suele costar el alquiler de un traje de matador?

—De cien a quinientas pesetas, incluyendo capote de paseo, dos de brega, dos muletas, un juego de tres espadas, montera y los cabos.

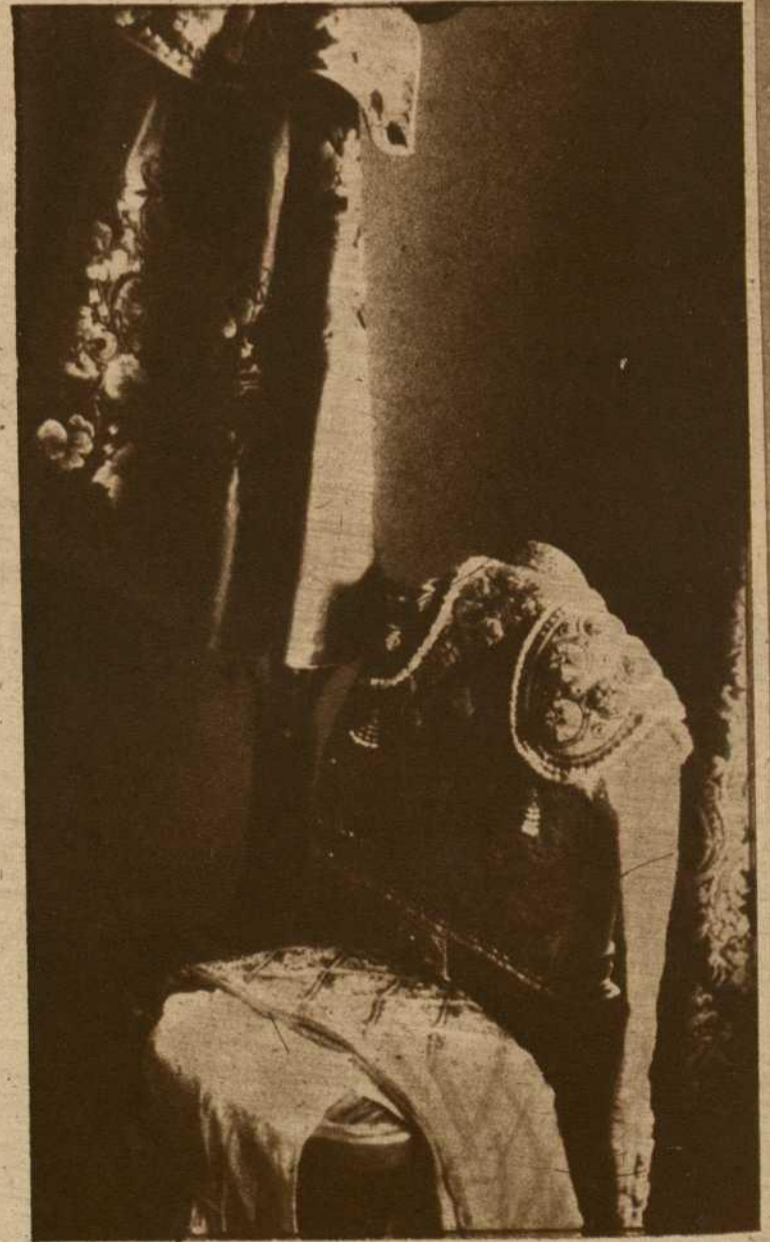
—¿Qué tal va estos años el negocio de alquiler?

—Muy mediano. Como las empresas, por las condiciones en que se desenvuelven sus asuntos, han decidido restringir y casi suprimir las novilladas, lo mismo las picadas que las económicas, el negocio del alquiler, que en estas funciones tenía su demanda, se ha venido abajo.

Y ya estamos terminando nuestra entrevista con este famoso sastre por tesón, cuando llega del colegio, en que se prepara para el ingreso en el Bachillerato, su hijo Angelito, un chavalillo de nueve años, guapo y despejado, que ya siente bullirle en la sangre la pasión del toreo. No parece que le agrada mucho al padre esta inclinación del pequeño; pero ya verán ustedes como al final veremos a Angelito hacer el paseillo con el terno más rumboso que haya salido del taller de su padre.

Para empezar, ya tiene muleta y capotillo proporcionados a su estatura y edad, con los que se marca para recreo nuestro unas cuantas suertes. La prueba no puede resultar más salerosa.

Y salimos de casa de Lorenzo Agudo. Las sombras del atardecer van envolviendo al típico barrio del Arrabal. Se oye el rumor de las aguas del Ebro al chocar en las pilastras del Puente de Piedra, y en el cielo, por el lado de Poniente, se recortan vagamente las si-



Capote, chaquetilla y taleguilla, después de terminados, dispuestos para lucirse en la tarde de sol

MAERA DE TARANCON se retiró de mozo de espadas al mismo tiempo que GAONA de matador

FRANCISCO Alarcón, más conocido por Maera de Tarancón, es figura de todos los tiempos. Desde principio de siglo —por el año 1903 fué su aparición— hasta 1905, Maera ha figurado como mozo de espadas.

Nombres históricos en el torero lo llevaron a su servicio. Fuentes, Relampaguito, Bienvenida padre..., supieron de los conocimientos de Maera en su labor.

Con estos espadas se inicia la actividad taurina de Maera. Es por el año 1903 cuando hace de ayudante del mozo de espadas. Hasta la llegada de Gaona. Con el mejicano regulariza su actividad taurina, y ya sin descanso, viajando todos los días, transcurran los años. Así por espacio de diecinueve años, con once viajes a Méjico y uno a Lima. Y al concluir, representante en España en la Plaza de Toros de la capital azteca.

En los cuarenta y cinco años que llevamos de siglo, Maera ha vivido en constante lucha. En la organización interna, sin el aplauso ni las ganancias de quien tanto expone.

Francisco Alarcón espera ahora a su antiguo matador, que viene en viaje de placer, con toda la familia. A sus cincuenta y siete años de edad y veinte de retirada de los toros, Gaona vive de los beneficios que le proporcionó su triunfal carrera artística.

Con ello sueña ya Maera. Con la alegría de ese abrazo que Rodolfo le trae desde Méjico.

Rodeados de fotografías, diálogos con Maera. Ambiente de toros y sabor a lo ya pasado. Con sus setenta y cinco años, Maera mantiene aquellas energías de su juventud.

—Empecé con Fuentes y Relampaguito, como ayudante. Al primero lo serví en calidad de ayudante. Así estuve hasta 1905, que pasé a depender de Corchaíto. Y en la temporada de 1905, ya fijo, con Julio Gómez, Relampaguito. Tres años junto a él, separándome por la llegada de Rodolfo Gaona a España.

—¿Cómo fué usted elegido para tal misión?

—El Ojitos formó la cuadrilla en Méjico, a punto de salir para España. Yo tenía una gran intimidad con el Algoteño, sobrino de aquél, y me recomendó al matador. Inmediatamente comenzó mi labor, y quedamos de acuerdo para el debut en la Plaza de Tetuán. Fué en el derruido coso madrileño, tomando la alternativa de manos de Jerezano. Un gran éxito —dice Maera—. Aun no he olvidado la alegría de Rodolfo por aquellos aplausos de los aficionados españoles.

—¿Y así ya todas las tardes?

—Gaona, por ser figura, tuvo sus detractores; pero ha sido de lo mejor que pisó los ruedos. Hoy vive para su familia, y la fortuna que logró con su exposición sirve de remedio a muchos.

Maera, quien lo vistió en Madrid para su debut y estuvo en Méjico junto a él la tarde del 12 de abril de 1925, día de su despedida, añora aquellos días felices.

—¿Mucho trabajo tienen los mozos de espadas?



Maera de Tarancón en el callejón actuando de mozo de espadas

“ANTES SE COBRABA POCO Y TRABAJÁBAMOS MUCHO”



El mozo de espadas de Rodolfo Gaona vistiéndolo al diestro mejicano la tarde de su retirada, el 12 de abril de 1925

—Entonces... Hoy son más señoritos. Cuentan con ayudante, y éste con otro, que descarga la labor del primero. Han ido reduciendo su misión, y las ganancias son superiores a entonces. Cuando pasé a depender de Gaona, cobraba veinticinco pasetas... Hoy perciben ochenta duros los de primera categoría. ¡Y siempre cargado! Los transportes reservaban grandes molestias. Todavía recuerdo las veces que cargué con el baúl. De una estación a otra... por las Plazas. Aquello era ingrato.

—¿Claro que uno tenía sus gajes!...

—Y eso, ¿supone mucho?

—No puedo hablar, porque sería descubrir secretos que no son de mi incumbencia. Pero las fondas y gastos generales dejan algo...

—¿Ya me comprende?...

Lo más que he llegado a cobrar han sido mil duros por temporada. Fué lo que me asignó Gaona cuando embarcábamos. Gracias a aquello me defiende y puedo vivir. Claro que alternándolo con la labor que realizo con las Empresas y apoderados. Con Miguel Prieto, el año pasado, y en éste, con Gago, Balaña, Chopera, Alegre y Puchades... A nadie digo que no, cuando se trata de solventar asuntos taurinos.

Maera tiene siempre la palabra elogiosa para su antiguo matador.

—Al retirarse me hizo un regalo en metálico y un obsequio en alhajas para que hiciera frente a la situación.

Esto es para no olvidarlo.

Y si las cosas se hubiesen puesto en los diez años últimos, como están hoy tendría un capitulito.

Con arreglo a los contratos, son los emolumentos de los servidores... Eran otros tiempos.

—¿Y la vida! Eso influye en los ahorros. Porque el mozo de espadas, cuando está al lado de una primera figura, quiere mantener el mismo tren. Yo puedo hablar de eso.

Maera conoce a fondo todos los secretos de los mozos de espadas. Cuarenta y cinco años es tiempo sobrado para hablar sobre la materia.

Mozo de espadas, representante, apoderado.

—Mejicanos y españoles tuvieron la dirección de este hombre, que tiene sobre sí una gran historia. El, con sus recuerdos, podría llenar páginas enteras durante mucho tiempo.

Desde que empezó a llevar el esportillo, en 1900, han desfilado infinidad de figuras. Tras la cortina de esta gran organización que es nuestra fiesta, ha tomado parte activísima.

Maera de Tarancón, el número uno de los mozos de espadas, ya retirado del ajetreo de una larga temporada, descansa, al fin.

—Pero siempre en contacto. Y con el paternal consejo para el que principia en la arriesgada profesión.

JOSE CARRASCO

ANDRES COLOMA, CLASICO, matador de toros ayer, es hoy camarero en una modesta casa de comidas

Cuando nos enteramos de que trabajaba de camarero en una modesta casa de comidas, nos dimos perfecta cuenta de que en el toreo no es oro todo lo que reluce.

Ayer, Andrés Coloma, Clásico, era un ídolo, al que el público elevó a la categoría de matador de toros; hoy, con el cuerpo cubierto de cornadas, ya nadie se acuerda del bravo torero alcoyano. ¡Cuán efímera es la vida del artista! Cuando se está en la cúspide de la gloria, todo son halagos. Pero el público, con la misma facilidad que eleva al torero, lo hunde, y es cuando, en el fracaso u olvido, sin la admiración y el agasajo, conoce otros aspectos de la vida, saturada de crudeza y desesperación si la fortuna le fué adversa.

Algo así le ha ocurrido a Clásico, diestro que si bien no llegó a ocupar un puesto privilegiado en el toreo, si alcanzó cierto renombre, particularmente por la región levantina. Andrés Coloma ganó algo de dinero en el ejercicio de su arriesgada profesión; pero no el necesario para asegurarle una vida tranquila y desahogada. Ahora, para poder vivir y sacar a los suyos adelante, Clásico ha tenido que aceptar el empleo de camarero en la popular casa de comidas «El Capellá», situada al lado de la Plaza de Toros.

El interés que ofrece la historia taurina de Clásico nos hizo concebir este reportaje. Con el fin de realizarlo, acudimos a la casa «El Capellá» en busca de nuestro hombre.

Tras el saludo obligado, exponemos a Clásico nuestro deseo. Andrés Coloma, con palabras entrecortadas por la emoción, nos invita a tomar asiento en un rincón del comedor. Nos deja unos segundos para acudir a cobrar la cuenta de unos clientes a los que sirvió la comida, tomando luego asiento frente a nosotros.

Preparamos las cuartillas, y hacemos a Clásico la primera pregunta:

—¿Cuándo se vió usted por vez primera frente a un astado?

—En el año 1921, en una capea que se celebró en San Román de los Montes (Toledo). Entonces yo tenía catorce años, y con la ilusión de ser torero, me fugué de la casa de mis padres, en Alcoy. En Alcázar de San Juan me enteré de que en San Román de los Montes se verificaba una capea, y allí fui, con la esperanza de torear. Esa fué mi primera salida a los ruedos, y también el bautismo de sangre, ya que uno de los toros me dió una gran cornada en la ingle que puso en peligro mi vida.

—¿Cuándo empezó a actuar en novilladas serias?



Clásico en su época de novillero

—El 31 de mayo de 1925 toreadé en Alcoy mi primera novillada con picadores, alternando con Félix Rodríguez y Torerito de Málaga.

—¿En qué fecha tomó la alternativa?

—El 30 de septiembre de 1928, en la Plaza de Játiva. De padrino actuó Barrera, y de testigo, Enrique Torres.

—¿Toreó mucho de matador de toros?

—Una vez doctorado, marché a América del Sur, en donde tomé parte aquella temporada en veintiocho corridas de toros. Regresé a España al año siguiente, toreado solamente cinco corridas, a causa de haber sufrido en Alcoy una gravísima cornada que me impidió actuar en el resto de la tempora-

En su vida taurina, ha sufrido más de veinticinco cornadas graves y ha estado cinco veces sacramentado

da. De nuevo embarqué rumbo a América y allí inauguré la Plaza de Toros de Bogotá.

—¿Cuándo y por qué renunció a la alternativa?

—En el año 1931. Tomé aquella decisión ante la poca atención que como torero de alternativa me prestaban las Empresas.

—¿Piensa seguir toreado?

—Siempre que me contraten, ya que ello constituye mi única afición.

—¿Qué opinión le merece el toreo actual?

—Estimo que actualmente se torea mejor que nunca; pero falta el elemento toro, y esto le quita emoción a la fiesta. Antes se torea por afición a la profesión, y hoy se torea más por afición al dinero.

—¿Piensa que su hijo se dedique también a tan arriesgada profesión?

—Si ese es su deseo, yo no me opondré. El chiquillo, que ahora cuenta tan sólo ocho años, quiere ser matador de toros. Si le he de ser sincero, mi ilusión es también ésa. Sólo pido a Dios que sea más afortunado que yo.

—¿Ha sufrido muchos percances durante su vida taurina?

—Muchísimos. Cornadas graves, más de veinticinco. La última en Francia, en el año 1936. Cinco veces he estado sacramentado.

—¿Y a pesar de conocer tantos sinsabores consiente en que su hijo sea torero?

—Para qué oponerme, si por propia experiencia sé que nada conseguiría si en mi hijo ha arraigado de verdad esa afición.

—¿Siente nostalgia de la fiesta de los toros?

—No puede usted tener idea cómo añoro las tardes de triunfo. Los días de corrida me pongo muy nervioso y padezco mucho, ya que, al estar aquí, al lado de la Plaza de Toros, me siento casi ligado al espectáculo. A veces, hasta me imagino que soy yo quien va a hacer el paseíllo. ¡Es tanta la afición que siento!

Al pronunciar estas palabras, el rostro de Clásico se ha oscurecido con una nube de tristeza.

Terminado nuestro interrogatorio, nos despedimos de Andrés Coloma, dándole las gracias por la atención que nos ha prestado y deseándole mucha suerte para él y para su hijo.

Al llegar al umbral de la casa de comidas volvemos la cabeza para decirle otra vez adiós; pero el torero ya no ve nuestro saludo. Unos clientes han tomado asiento en una de las mesas, y Andrés se dispone a cumplir el trabajo que le proporciona hoy el medio de vivir.

JESUS LLORET-GOMEZ. RECORTE



Andrés Coloma, Clásico, hoy presta sus servicios como camarero en un restaurante valenciano



Pepe Iglesias, Gallito de Zafra, Clásico, Saleri II, Fuentes Bejarano y Zurito a bordo del «Colombo», a su llegada a Lima

Cada siete días una vara

¡AQUELLOS TOROS DE ENTONCES!



SIEMPRE hemos sentido un poco de vergüenza cuando en el teneo, en el café y hasta en el tranvía, oíamos hablar del toro grande. De aquellos toreros como caudales, principal motivo — como todos sabemos — de las añoranzas taurinas del viejo aficionado.

Desgraciadamente — lo confesamos —, no tenemos edad suficiente para siquiera poder fingir haberlos visto en esa primera corrida a la que nos iló nuestro padre, y que forma el primer escalón de nuestra recuerdos.

Nadie se lo creería, porque — ya lo hemos dicho — somos muy jóvenes.

Esto, que indudablemente ha influido en nuestro carácter de aficionados, ni impedidos, terciar en las conversaciones sobre la Fiesta, que ha permitido a los felices mortales que vieron a Mazzantini tumbar toros, mirarnos por encima del hombro o ignorar nuestra existencia, hemos tratado de combatirlo con los medios que teníamos a nuestro alcance. A los lápices de Chaves y Perea, que dejaron su indeleble marca en las estampas de «La Lidia», le debemos parte de nuestra redención. A nuestra curiosidad, satisfecha en muchas ocasiones por algún viejo amigo de casa, el resto.

Pero — y he aquí nuestro dolor y nuestra vergüenza — cuando ya nos considerábamos con ciertos conocimientos en la materia y hasta estábamos dispuestos a echar nuestro cuarto a espadas en la primera ocasión que se nos presentase, nos enteramos que en Sevilla acaban de suspender un festejo — ¡una becerrada! — por falta de peso en los crales.

¿Ustedes se dan cuenta de nuestra tragedia? ¿Quién podrá hacernos caso cuando intentemos hablar de toros? Si hemos nacido en la época del toro entomizado por nuestra mala suerte, ¿cómo podremos intentar siquiera el más discreto comentario sin que nos aplaste con su indignación el viejo aficionado?

La becerrada de Sevilla ha cortado nuestras alas cuando estaban dispuestas para volar.

Cuando habíamos conseguido que se nos mirase sin rencor en una tertulia de toristas que se nos tolerase asistir a ella, en la que ocupábamos — todo hay que decirlo — un discreto rincón, ese festival viene a desbaratar nuestros esfuerzos.

Porque ahora, ¿con qué cara nos presentamos mañana ante esos señores?

UN BONITO EJEMPLO DE PROPAGANDA



No le falta detalle. Una bonita barrera pintada por un experto pincel, un hongo caído en la arena, víctima del entusiasmo de un espectador, el cordobés en la mano, pronto a volar en retorno sobre el tendido, y el habano. Si acaso — y esto ya en plan de mostrarse muy exigentes —, faltan esas rayas con las que, de una manera gráfica, quieren expresar los dibujantes las explosiones. Porque, a decir verdad, el triunfo que quiere fingir el espada debe de ser explosivo.

Hoy la propaganda taurina, verdaderamente, ha perdido mucho. No hace más que fingir cortes de orejas, que los apoderados redactan a manera de telegrama. Conveniría, pues, que observasen detenidamente los detalles de esta foto.

Quizá con unas orejas de toro que le prestasen al espada se podrían ilustrar esas tres o cuatro líneas de inserción pagada en la Sección taurina de los diarios.

Una anécdota a la semana

TRES CARRETAS DE LEÑA

ERA Rafael Molina hombre acostumbrado a madrugar. En cierta ocasión salió temprano de su casa y se metió en una taberna próxima, en la que pidió una copa de aguardiente.



Poco a poco fueron llegando al establecimiento amigos y compadres de Lagartijo, entre los que se formó pronto una animada tertulia que fué dejando transcurrir lentamente las horas en animada conversación. Las voces iban creciendo en intensidad, hasta el punto de formar un guirigay insoportable.

Como entre todos los allí reunidos no se había hecho más que una sola consumición — la de Lagartijo —, y ésta no valía más que diez céntimos, y además el suelo de la taberna se iba cubriendo por las colillas que salían de la reunión, el tabernero — hombre de una cabeza de colosales dimensiones —, un poco amoscado, decidió intervenir.

— ¡Hombre! — les dijo —. Ya podíais ustedes callarse un poquito, que pa una perra gorda de consumición que habéis jecho le estáis poniendo a uno la cabeza caliente.

— Mentiroso — le contestó Rafael —. Sólo pa templáteja jasen farta tres carretas de leña.

Para la SOMBRA y el SOL...

BURLADERO

El 13 de febrero de 1860, Julián Casas, Salamanca, Gavotano Sanz y Ángel López, Regatero, lidiaron en Madrid seis toros de Justo Hernández, que tomaron 75 varas, dieron 38 caídas y mataron 16 caballos.

De los picadores que interviniéron en aquella corrida no se dice nada.

A Carlos Arzuza le han ofrecido ocho millones de pesetas por matar cien toros.

Si queremos ponernos a tono con el momento, tendremos que confesar que, en vista de lo que cobran algunos novilleros, no es demasiado. Pero creemos que la cosa no se podrá llevar a feliz término, porque estamos seguros de que en España no quedan hoy tantos toros.

En una novillada celebrada para la presentación de Manene en Madrid, después de terminar la corrida se soltaron hasta cuatro embolados para que los lidiases los aficionados que quisieran bolazarse al redondeo.

Nos parece muy bien la idea y creemos que no estaría mal aprovecharla para la próxima temporada.

De esta forma aquel espectador que chilla y discute desde su asiento podría demostrar de lo que es capaz él a la hora de la verdad.

Y que así los sastres se iban a hacer millonarios.

Se ha empezado en Valencia una campaña para tratar de abaratar las localidades. A este respecto se hizo un llamamiento a los empresarios para que presindan de los ases de la tauromaquia.

Quizá la idea no sea desacertada del todo, pues en Madrid ya se demostró que se podían ver buenas corridas sin la presencia de las figuras.

Por otra parte, los ases muchas veces le hacen a uno perder dinero.

Y si no que lo digan los aficionados al julepe.

Pedro Romero mató en Sevilla en una tarde once toros. Tardó en cumplir su cometido sesenta y dos minutos. Es decir, que sacó un promedio de seis minutos y unos segundos por toro.

Desde entonces las vacas asustan a los becerras diciéndoles que viene Pedro Romero.

A un súbdito dominicano, comerciante, por más señas, le han confundido en Nueva York con Manolete. El hombre dejó a los fotógrafos disparar sus placas como si en efecto se tratase del famoso diestro cordobés. Al final les sacó de su error y les dijo que no era la primera vez que le ocurría.

Esperamos que Manolete haya recogido la onda. De ser así, es posible que al cordobés se le ocurra contratar al dominicano para las tardes de cogida.

Manuel Cruzado, ganadero del siglo pasado, contrató en una ocasión una corrida con el compromiso de que cada toro tomaría seis varas. De lo contrario, regalaría la res que no cumpliera con lo estipulado.

Escribimos esta noticia con su pica de mala intención. Porque

subimos que aun siendo agua pasada, a algún criador de reses bravas le entrarán sudores al leer la efeméride.

¡Mira que si se le añadiese hoy esto al Reglamento! ¡La ruina!

Las novilladas de invierno, por fin, consiguen remontar las dificultades y ya no llueve cuando las anuncian. Y hasta dicen que hacen negocio.

Sin embargo, nosotros creemos que hubieran dado más juego si a su congreso se hubieran seguido provocando las lluvias.

Porque ya, conocedores del caso algunos alcaldes de distintos pueblos, están preparando las malditas papeletas para contratar a la empresa para su localidad.

¡Qué lástima! Se hubieran hecho de oro.

En 1899, apenas terminada la ten perada, comenzaron a barajarse los nombres de Guerrita, Fuentes, Benlita, Mazzantini, Reverte, Lagartijo y Algalón para los carteles del próximo año.

Igual que ahora, que a la hora de barajar se hace con barajas que les faltan los ases.

Y hasta los tréces.





Juanito Zamora y los hermanos Vera antes de dar comienzo al festejo

Las señoritas que presidieron el festival desfilaron antes en coches por el ruedo



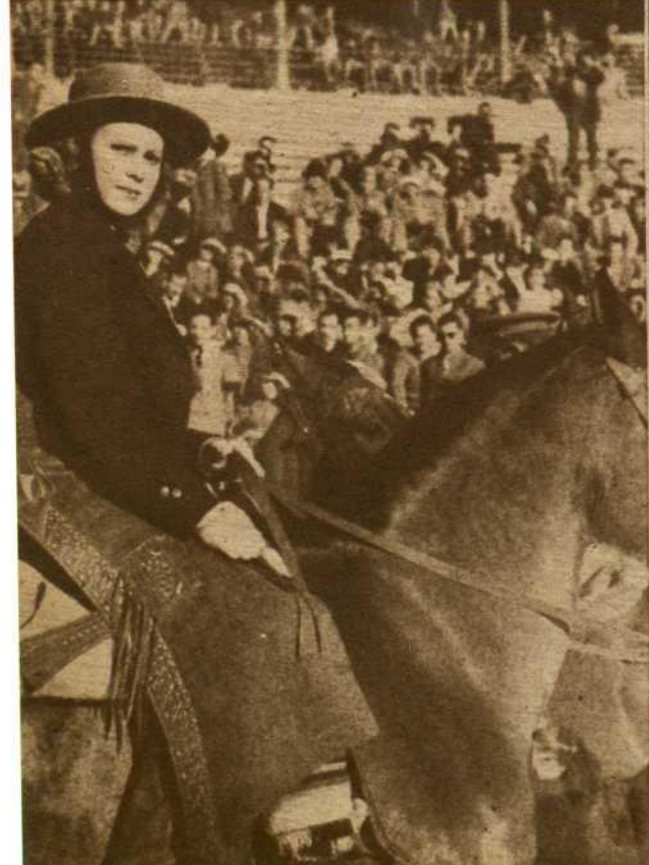
FESTIVAL EN MURCIA ORGANIZADO POR EL ARMA DE INFANTERIA



La bella murciana que pidió la llave en el festival de Murcia (Fotos López)

Uno de los coches en el que bellas mujeres lucen la mantilla y el sombrero ancha.—Abajo: Una bella amazona que tomó parte en el festival y pidió la llave

Juanito Zamora toreando al becerro que le tocó en suerte.—Abajo: Niño del Barrio II y Juanito Zamora antes de salir al ruedo a actuar en el festival de Murcia





Presenciando el acoso.
(Dibujo de Enrique Segura.)



Toreros célebres: José García, Algabeño (padre)
(Dibujo de Enrique Segura)